

LA EXPRESIÓN VERBAL
DE LA SUBJETIVIDAD.
EL LENGUAJE COMO RECREACIÓN
HUMANA DEL MUNDO

D.L.: S. 817-2012

Impreso en España

ASUNCIÓN ESCRIBANO HERNÁNDEZ
Universidad Pontificia de Salamanca

LA EXPRESIÓN VERBAL
DE LA SUBJETIVIDAD.
EL LENGUAJE COMO RECREACIÓN
HUMANA DEL MUNDO

Salamanca, 2012

A MIS PADRES

*Más que las cartas que a uno le reparte
la vida importan las que el destino
nos repartió. La propia familia.*

(Gore Vidal. *Una memoria*)

Y así resulta patente que las voces se refieren a las cosas que se han de significar, mediante la concepción del intelecto.

Santo TOMÁS DE AQUINO (*Sum. Theol. I, q. 13, a. 1, c.*)

Nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento.

Fray LUIS DE LEÓN (*De los nombres de Cristo, Introd.*)

INTRODUCCIÓN

Excelentísimos Señores Rectores Magníficos de las
Universidades de Salamanca y Pontificia de Salamanca.
Ilustrísimas y Dignísimas Autoridades.
Compañeros de los Claustros de ambas universidades.
Señoras y señores.
Queridos alumnos, amigos y familiares.

ESTAMOS HECHOS DE LENGUAJE. Desde el comienzo del cuarto evangelio hasta los últimos escritos de Wittgenstein; desde los balbuceos en el limo y aquel primer verso que imprecaba a la musa a cantar la cólera de quien llevó al paroxismo una guerra que ya duraba una década, hasta la verborrea retórica de tantos que, tristemente, condujeron a otros a la muerte en el último siglo, el lenguaje nos conforma y nos erige. Y con este mismo lenguaje a cuyo estudio dedico mi vida profesional, con este lenguaje que me constituye como persona quisiera, antes de comenzar esta disertación, agradecer a

ambos rectores de las Universidades salmantinas el estar hoy aquí, sin mayor mérito que el del espíritu de trabajo y esfuerzo en el que fui educada, y hallándome aún en el camino de conocer el bello oficio de filóloga, y en el mismo lugar en el que han disertado tantos y tan buenos de mis maestros de los que hoy me siento deudora.

Agradezco, así, al Rector de la Universidad de Salamanca por acogerme en este histórico paraninfo de mi universidad de origen. En ella cursé la licenciatura de Filología y me doctoré. Aquí fue donde mis maestros me enseñaron a acariciar el hermoso instrumento sobre el que hoy reflexionaré. Y doy las gracias también a mi querido Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca por haberme invitado a impartir esta lección homenaje a Santo Tomás, que es para mí un alto honor como miembro del Estudio y de la Iglesia, sin duda alguna, inmerecido. La Universidad Pontificia, mi universidad de llegada, donde estudié Periodismo, y donde cada día intento hacer pensar a los alumnos de Comunicación sobre la responsabilidad que tienen a la hora de usar una lengua que les ha sido regalada como un don. Mas incurriría aquí en lo que, a juicio de los moralistas franceses, constituiría «la ingratitud más odiosa, pero la más común y más antigua», es decir, «la de los hijos hacia los padres»¹, si no señalase en estos momentos aquí, ante todos ustedes y con ellos presentes, el profundo agradecimiento hacia aquellos a quienes debo el amor por la filología y la dedicación a la enseñanza, junto con la manera ética y espiritual con la que siempre he intentado encarar ambas vocaciones. Y una vez andados los preliminares, y como bien sabían los caballeros artúricos que no habría aventura sin adentrarse en el bosque, vayamos a la floresta de las palabras. Dejémonos llevar por ellas y veamos cuál es el destino que su compañía nos depara.

Estamos hechos de lenguaje, decía. Si tal capacidad es en nosotros innata, como defendiera Chomsky hace medio siglo, o algo prodigiosamente aprendido en nuestra infancia, en opinión de

¹ VAUVENARGUES, *Reflexiones y máximas*. Trad. de Manuel Machado. Sevilla: Renacimiento, 2011, p. 55.

Skinner y el conductismo, es lo de menos ahora². Lo cierto parece ser que el lenguaje constituyó –en palabras del biólogo Edward O. Wilson– «el grial alcanzado de la evolución social humana. Una vez instalado, confirió poderes casi mágicos a la especie humana»³. Empezando por nuestros propios nombres, que, habiendo sido creados históricamente desde nuestra realidad social⁴, nos acaban determinando al nombrarnos⁵. Todos nuestros actos, y de un modo especial aquellos que llevamos a cabo por medio de la palabra, sea cual sea su entidad o naturaleza, tienen consecuencias⁶. Ni el decir, ni mucho menos el nombrar, acontecen sin más. ¡Y no sabemos hasta qué punto! El escritor Salman Rushdie ha señalado recientemente cómo su padre, «un auténtico erudito del islam que a la vez

² Sobre este debate crucial en la historia de la lingüística del siglo pasado, cf. la reseña de Noam CHOMSKY sobre el libro de B. F. Skinner, *Verbal Behavior* (1957), en la revista *Language* 35, 1959, pp. 26-58.

³ Edward O. WILSON, *La conquista social de la Tierra. ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos?* Trad. de Joandomènec Ros. Barcelona: Debate, 2012, p. 266.

⁴ Jacques BARZUN, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente (De 1500 a nuestros días)*. Traducción de Jesús Cuéllar y Eva Rodríguez Halffter. Madrid: Taurus, 2001, pp. 189-190.

⁵ «El nombre, si avemos de dezirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dize, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento», Fray LUIS DE LEÓN, *De los nombres de Cristo*. Ed. de Federico de Onís. Madrid: La lectura, 1914, 2 vols., I, p. 27.

⁶ «Decir “mundo” es decir “yo”. Así que consiento, y me dejo ser, ocupo el lugar, edifico un mundo. Veo cómo se extiende el color que define las cosas, que marca sus relaciones. Investigo las líneas, trazo contornos, digo “tú” y me invento el deseo, el odio, la esperanza, el rencor; trazo los efectos de acuerdo con sus causas y las causas de acuerdo con mi sueño. Invento. Mi poder de representar me dicta el compás, la consistencia, la medida, con precisión de arquitecto construyo el edificio, fortaleza en la que luego quedará atrapada, fatalmente. Pues no me olvido de los fosos y levanto el puente levadizo creyendo así defenderme. Lo que hago, en cambio es convertirme en víctima de mi propia creación, de mis propias acciones. Karma le llama a esto la sabiduría india. He condicionado la existencia, respondo de mis actos: mis actos son mi vida, la que yo he decidido iniciar. La historia del dolor comienza ahí donde termina la de la libertad», Chantal MAILLARD, *Filosofía en los días críticos. Diarios 1996-1998*. Valencia: Pre-textos, 2001, pp. 60-61.

carecía por completo de fe religiosa», eligió su apellido en señal de admiración y respeto hacia Ibn Rushd (Averroes) «por haber estado en su época a la vanguardia del argumento racionalista contra el literalismo islámico»⁷.

Las palabras nos constituyen históricamente como personas y, a medida que las usamos, con ellas damos forma a una realidad que se nos escapa cotidianamente, más allá del espacio vaciante de nuestros sentidos⁸. Quizá por ello, seguramente sean las

⁷ Salman RUSHDIE, *Joseph Anton*. Trad. de Carlos Milla Soler. Barcelona: Random House Mondadori, 2012, p. 33. Si la anécdota es real o inventada por el escritor angloindio es lo de menos. No obstante, resulta especialmente simbólica por cuanto nos recuerda lo narrado por Chrétien de Troyes tras el paso del caballero Perceval por el Castillo del Grial: «Y él, que no sabía su nombre, lo adivina y dice que se llamaba Perceval el Galés, no sabe si dice verdad o no; pero decía la verdad, y no lo sabía», CHRÉTIEN DE TROYES, *Li contes del graal/El cuento del grial*. Por Martín de Riquer. Barcelona: Acantilado, 2003, p. 260. El propio Martín de Riquer señala que «como el nombre es cosa inherente a la personalidad, el joven héroe de la novela no ha sabido cómo se llama hasta que, habiendo fracasado ante las pruebas del cortejo del graal, se ha hecho responsable de desgracias», *ibídem*. Por su parte, y sobre el significado del episodio, Victoria CirLOT habla de «un despertar de la conciencia, un instante de iluminación, en que el muchacho adquiere una identidad que es indesligable de su aventura», pues el nombre (agujerear el valle) viene así a señalar a aquel «que ha penetrado en el secreto», VICTORIA CIRLOT, *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa medieval*. Madrid: Siruela, 2005, p. 156. En cualquier caso, y como ha manifestado la profesora Navarro Durán, «la buena literatura es una estofa preciosa hecha a lo largo de los siglos por muchísimos tejedores, y todos ellos cogen hilos de los otros. Advertirlo aumenta el gozo de la lectura porque se ve mucho más nítidamente el dibujo del bordado y su riqueza, la belleza de la creación literaria», ROSA NAVARRO DURÁN, «Juegos literarios a tres bandas», en S. CRESPO, M.^a L. GARCÍA-NIETO, M. GONZÁLEZ DE ÁVILA, J. A. PÉREZ BOWIE, A. RIVAS y M.^a J. RODRÍGUEZ S. DE LEÓN (eds.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre Sempere*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca/Universidad de Extremadura, 2009, pp. 251-260, 259.

⁸ «Cuando un libro abandona la mesa del autor, cambia. Incluso antes de que nadie lo lea, antes de que se posen en una sola frase los ojos de alguien que no es el creador, el libro queda alterado irremediabilmente. Se ha convertido en *un libro que puede leerse*, que ya no pertenece a su hacedor. Ha adquirido, en cierto sentido, libre albedrío. Realizará su viaje por el mundo y el autor ya no puede hacer nada al respecto. Incluso él, al ver sus frases, las lee de manera distinta ahora que pueden ser leídas por otros. Le parecen frases distintas. El libro ha salido al mundo y el mundo lo ha rehecho», Salman RUSHDIE, *Joseph Anton*, o. c., p. 108.

disciplinas que llamamos científicas las que, en su búsqueda de los componentes últimos de la realidad, estén más cerca de saber cómo es objetivamente el mundo, aunque en su necesidad de transmitirlo se hallen también con la dificultad fundamental de la comunicación, pues el lenguaje parece estar hecho para hablar sobre aquellas experiencias que son comunes a todos, sobre aquella realidad en la que todos estamos de acuerdo. Por lo tanto, no debería sorprendernos la agudeza metafórica a la que los científicos tienen que acudir, en su uso más divulgativo, para bautizar esos infinitos universos que someten a quienes se asoman a las teorías que intentan describirlos a un perpetuo vértigo⁹. Aunque hace ocho siglos Maimónides manifestara que tanto la física como la metafísica se mostraban «avaras con el vulgo» al ocultar mediante metáforas sus verdades, esto ya no es así desde hace tiempo¹⁰. ¿Hay algo más extraordinario que hablar de la teoría de las supercuerdas, de la raíz cuadrada, de la doble hélice del ADN, de la materia oscura, del efecto mariposa, del árbol de la vida, de la partícula de Dios o, por mencionar el título de una obra de un profesor de esta universidad, hay algo más sublime y evocador que hablar de «la sinfonía del infinito»?¹¹... Estas

⁹ «Ya que a veces resulta imprescindible recurrir, no ya a la sustitución de los términos por palabras del lenguaje corriente sino también, como ya hemos adelantado, a explicaciones analógicas o comparativas y metafóricas y a personificaciones que intentan adaptar los mecanismos de la realidad científica a los de la vida corriente. El razonamiento analógico ocupa en las obras de divulgación una posición privilegiada, porque es particularmente apto para que el lector relacione las nociones científicas con su experiencia corriente y su imaginación». Bertha M. GUTIÉRREZ RODILLA, *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Barcelona: Península, 1998, p. 31.

¹⁰ MAIMÓNIDES, *Guía de descarriados*. Trad. de José Suárez Lorenzo. Sevilla: Renacimiento, 2012, p. 79.

¹¹ Lorena PRETA (comp.), *Imágenes y metáforas de la ciencia*. Madrid: Alianza, 1993, y Norberto CUESTA DUTARI, *La sinfonía del infinito. Y ya en el paraíso de Euler (99 lecciones de Análisis Matemático)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1981. Ha sido un médico quien ha señalado que «una metáfora acertada, un símil que da mucho que pensar, o una anfibología intencionada de una tesis han contribuido al desarrollo de las ciencias en el mismo grado que las deducciones rigurosas basadas en datos objetivos», Andrzej SZCZEKLIK, *Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte*. Trad. de J. Sławomirski y A. Rubió. Barcelona: Acontilado, 2010, p. 186.

expresiones, por todos conocidas, parecerían haber sido sacadas de la paleta lingüístico-cromática de un juglar, si bien es cierto que todas ellas demuestran atenerse a la división señalada por el biólogo Edward O. Wilson para quien «la diferencia esencial entre el estilo literario y el científico es el uso de metáforas. En los informes científicos, la metáfora es permisible, siempre que sea casta, quizá con solo un toque de ironía y de desaprobación hacia uno mismo»¹².

Según el citado biólogo, lo que más se valora en el ámbito científico es «la importancia del descubrimiento»; mientras que en literatura lo que cuenta es «la originalidad y el poder de la metáfora»¹³. Sin duda, por ello, son los poetas quienes, en su tartamudeo temeroso, han hecho de la conciencia de su limitación nominal el espacio más hermoso del nombrar. «Y es que el verbo ha nacido y habita entre nosotros con naturalidad», tanteaba lúcidamente Carlos Bousoño. Y continuaba anexando los nombres con los que, alegóricamente, amasaba y delineaba la finalidad de la cerámica cotidiana del designar: «taller, viruta, escoplo, / martillo, sierra, clavo. / Barro en las manos del alfarero, / sencillas las palabras, las de todos los días, / incontroladas, rotas, dispersas en el lugar del naufragio, / destrozadas en el oleaje, / alzadas a persuasión, instaladas en la permanencia»¹⁴. Fueron poetas los primeros que hicieron con la palabra un mundo nuevo, antes de pretender cantar o escribir la historia, antes incluso de otras pretensiones autoriales de todo tipo. Y más allá incluso de la primigenia entente de hombres y dioses, la literatura narró emociones, y así fue desde entonces hasta nuestros días. Por ejemplo la ira, ya fuera la del pelida Aquiles, ya la del danita Sansón¹⁵, de quien se dice que «los muertos que dejó al morir fueron más que los que había matado en vida»¹⁶. La ira

¹² Edward O. WILSON, *La conquista social de la Tierra*, o. c., p. 321.

¹³ *Ibíd.*, p. 321.

¹⁴ «Palabras vivas», en Carlos BOUSOÑO, *Primavera de la muerte. Poesías completas (1945-1998)*. Barcelona: Tusquets, 1998, p. 736.

¹⁵ Una vez más, en ambos, la palabra en el origen.

¹⁶ *Jueces*, 16,30, en *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2006.

como venganza que conduce a la muerte pero también como salvación esperanzada que se sobrepone al miedo y la humillación que paralizan. Porque así de complejas son las emociones y solo a los grandes domadores de palabras les está permitido desgranar sus múltiples aspectos. Lo escribió Steinbeck en esa biblia de la literatura social que es *Las uvas de la ira*:

Las mujeres contemplaban a los hombres, los miraban para saber si por fin se sentían derrotados. Las mujeres se erguían en silencio, y les contemplaban. Y cuando se reunía un grupo de hombres, el terror desaparecía de sus rostros dejando paso a la ira. Y las mujeres exhalaban un suspiro de alivio, porque sabían que todo iba bien..., que la derrota no los había alcanzado; y la derrota no llegaría nunca en tanto que el temor pudiera convertirse en ira.

La hierba brotó de la tierra, y a los pocos días las montañas adquirieron un color verde pálido¹⁷.

Describir la realidad ha sido y es, sin duda, una de las finalidades fundamentales del lenguaje: aspirar a apresar la vida en la cárcel de los términos para representar con ellos un mundo que creemos que una vez nombrado se vuelve cercano, conocido y estable¹⁸. Pero, sin darnos cuenta, dar nombre a la existencia es también una forma de participar en su recreación. Por ello, esta función de la lengua es una de las más demandadas por escritores, informadores y vendedores de ideas y productos. Decir un objeto es decirlo con una perspectiva determinada, orientar sobre él el pensamiento del oyente o el lector en un sentido concreto. Sin duda, mediante el uso de las palabras recibimos la información sobre el mundo que nos circunda, pero también aprendemos a mirarlo y a comprenderlo de una forma delimitada. «Lo importante

¹⁷ John STEINBECK, *Las uvas de la ira*. Trad. de Hernán Guerra Canévaro. Barcelona: Mundo Actual de Ediciones, 1981, p. 642.

¹⁸ Ha sido el poeta Spender quien ya señalara el dilema al comienzo de su autobiografía al escribir que «el gran problema de la autobiografía subsiste: crear la tensión verdadera entre esos mundos, interior y exterior, subjetivo y objetivo», Stephen SPENDER, *Un mundo dentro del mundo*. Trad. de Ana Poljak. Barcelona: El Aleph, 2002, p. 14.

no es lo que es, sino lo que piensas» afirmaba hace tiempo una provocativa campaña de cerveza (Scheiner), deslizándose peligrosamente, de este modo, la relevancia de la realidad hacia la percepción subjetiva de esta. Así mismo, ¿recuerdan aquello de «Así son las cosas y así se las hemos contado»? Con aquel comienzo de sus telediarios, una cadena de TV pretendía identificar la realidad con la forma de transmitirla, como si no hubiera cambio alguno en el proceso.

En cualquier caso, es evidente que usamos el lenguaje, en primer lugar, para comunicarnos y para hacerlo en función de cuál sea el interés prioritario de cada momento. Con las palabras buscamos, entre otras cosas, reflejar la realidad de manera que esta pueda ser conocida y comprendida de la forma más clara e imparcial posible, bien lo saben los científicos¹⁹, y esta debería ser igualmente la meta que dirigiera el interés y el trabajo de los profesionales de la comunicación. Pero, del mismo modo, intentamos llamar la atención sobre nuestros lectores y oyentes, para que nos atiendan y escuchan y, con ello, convencerles de la necesidad de que nos crean²⁰. De igual manera, expresar el mundo interior es otro de los fines ansiados del uso verbal: compartir nuestro pensamiento y nuestras emociones, hasta el punto de que muchas veces son las palabras

¹⁹ Bertha M. GUTIÉRREZ RODILLA, *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Barcelona: Península, 1998, p. 31.

²⁰ Aunque a veces esa recurrida solicitud solo busque como finalidad contemplar la estética de lo transmitido, como bien se muestra en un poema de Juan Carlos Mestre, en el que con un comienzo que implica históricamente la forma auditiva y musical de lo poético, escribe: «Escuchad: en una plaza junto a los pájaros, cerca del amor y del invierno, podría consistir el mundo en la mayor tristeza...», Juan Carlos MESTRE, *La visita de Safo y otros poemas para despedir a Lennon*. Madrid: Calambur, 2011, p. 62. De igual manera, el camino apelativo que va del escuchar al ver se recorre en el espacio leve del siguiente texto de Vicente Valero en el que demanda, en cambio, la atención visual: «Vean: / ninguno de nosotros se atrevería a hablar / del sol que ahora despunta solamente», Vicente VALERO, *Libro de los trazados*. Barcelona: Tusquets, 1995, p. 35. Otros ámbitos de la comunicación en los que la mirada también es más importante, o lo es en primer lugar, como es la publicidad o el periodismo, buscando nuestra atención nos imponen sus imágenes o su tipografía de títulos contundentes con impactantes colores a los que difícilmente uno puede ser indiferente.

las que dan forma y aclaran nuestro sentir: «¿Cómo voy a saber lo que pienso sobre una cosa antes de haberlo dicho?»²¹ se preguntaba en esta dirección hace tiempo el escritor Foster Wallace poniendo el dedo sobre una de las llagas del lenguaje y la oratoria pública desde siempre²². Y esto es así incluso en el caso de que sea el propio decir interior el que da el alcance de nuestra humanidad –con más solidez muchas veces que su dimensión pública–, el que concede verdad a lo comunicado, percepción esta que se hace ya de adulto el protagonista de *Una pantera en el sótano* de Amós Oz, cuando afirma ante la expresión del amigo de que es un buen chico, que «aún no sabía que esas palabras adquieren un verdadero significado solo cuando uno se las dice a sí mismo. Con sinceridad»²³.

Otros espacios más crematísticos e interesados han descubierto hace tiempo el valor argumentativo de la confesión emocional, y así lo veíamos hace un par de años en una magnífica campaña publicitaria de una bebida navideña, donde la escritora Ángela Becerra nos relataba en una inteligente gráfica, como si nos susurrara al oído una confesión: «Escribo novelas para vivir otras vidas [...] Me gustaría ser un águila blanca y volar alto, muy alto... Amo la libertad, vivir los máximos. Cuando me aturde el mundanal ruido, busco el silencio...». Más allá de la estética justificada de la campaña, sería interesante saber si se consiguió vender más el producto. Asimismo, y aunque con menor presencia en el discurrir cotidiano, la comunicación también se favorece con la estética de los mensajes, como modo clásico y casi natural de emoción. Es ese momento prodigioso en el que «las palabras sacrifican / la herencia que las hace

²¹ José Antonio MARINA, *La selva del lenguaje*. Barcelona: Anagrama, 1998, p. 83.

²² En un magistral comentario de unos versos que Shakespeare pone en boca de Bruto en su Julio César, el historiador de las ideas Pocock escribe que «parte de la pesadilla de Bruto consiste en que no tiene la certeza de que vaya a matar a César, de que realmente desee asesinarle; no lo sabe hasta que no se oye a sí mismo decirlo», J. G. A. POCKOCK, «La verbalización de un acto político: hacia una política del discurso», en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Trad. de Sandra Chaparro Martínez. Madrid: Akal, 2011, p. 51.

²³ Amós Oz, *Una pantera en el sótano*. Trad. de Marta Lapides, Sonia de Pedro y Raquel García Lozano. Barcelona: Siruela, 2007, p. 49.

poderosas, / y en delirio de su propia música / descalzas se convierten en un cántico», como escribe hermosamente Carlos Marzal²⁴.

Esa belleza, por tanto, un instinto inscrito en el nudo de nuestras células lingüísticas y visuales, ha resultado ser, de este modo, un mecanismo fantástico de persuasión, como bien saben los vendedores de ideas, y de palabras. Esta función recluida con frecuencia, por comodidad y eficacia, a los usos más literarios del lenguaje muestra, en este ámbito, que detrás de su recurrencia se encuentran usos más reveladores que lo puramente ornamental. Habría que recordar aquí a Eugenio de Andrade, quien hablaba como función de la estética lingüística de «nostalgia de la unidad»²⁵.

Del mismo modo, y aunque más infrecuente, también la capacidad de referirse con el lenguaje al propio lenguaje dirige nuestras intervenciones comunicativas en algunas ocasiones, y cuando esto es así la contundencia expresiva es muy palpable, como bien podemos comprobar en la siguiente viñeta gráfica de Forges:



²⁴ Carlos MARZAL, *Metales pesados*. Barcelona: Tusquets, 2001, p. 128.

²⁵ Eugenio DE ANDRADE, *Todo el oro del día*. Trad. de Ángel Campos Pámpano. Madrid: Pre-Textos, 2001, pp. 16-17.

Por último, y como una de las funciones más interesantes del lenguaje, este goza de una asombrosa capacidad de crear universos paralelos al real, y de generar realidades más o menos ficticias, como bien saben desde siempre los narradores, y convertirlas en existentes. Sólo hay que recordar nombres ya antológicos de la geografía literaria en español como Región, Macondo o Comala, o en otros idiomas, como Camelot, la Tierra Media, o los Siete Reinos, por poner solo algunos ejemplos de los que afirma Gustavo Martín Garzo «que nos basta con nombrarlos para que queramos saber al momento lo que son y lo que podemos esperar de ellos; al contrario que los lugares y objetos reales, a los que su propia obviedad los hace tantas veces habitantes de nuestras desidias»²⁶. Lo cierto es que aunque podría parecer que esta capacidad lingüística se circunscribe solo al ámbito de la fantasía, en nuestro discurrir nominativo cotidiano es fundamental. Solo hay que decir algo para que ese algo empiece a ser, y de aquí la importancia y la responsabilidad ética de nuestra comunicación en todos los sentidos.

A lo largo de mis investigaciones siempre me ha interesado la vertiente subjetiva del lenguaje; nuestra participación personal en los mensajes ya sea como emisores, ya como receptores o intérpretes de los mismos. Quizá sea debido a mi vocación poética, a la que también el lector deberá el revoloteo de determinadas citas –si no como autoridad, sí al menos como inspiración o compañía– en mis palabras. Desde esta perspectiva, analizaré a continuación los tres lados del triángulo de la comunicación. En primer lugar me voy a referir a sus protagonistas: el yo, el tú y el nosotros, como diferentes modos de encarar el proceso comunicativo tras de los cuales se sitúan paradigmas y orientaciones muy distintas. Posteriormente les hablaré de las palabras como ladrillos o elementos configurativos (en ocasiones, arrojados) de todos nuestros mensajes. Y, por último, de los silencios lingüísticos con los que también constituimos nuestro lenguaje y hacemos de él el instrumento de nuestra comunicación. Nutriré esta lección con ejemplos que ilustren mis palabras tomados de la comunicación periodística, el discurso político y la retórica publicitaria, contextos sociológicos que han servido

²⁶ *El País*, 10 de junio de 2007, p. 17.

como fuente en mis trabajos académicos. También las obras literarias, como se verá, aportan en ocasiones ejemplos no menos claros de la manera en que nuestras emociones impregnan nuestra actitud lingüística ante el mundo.

LOS PROTAGONISTAS DE LA COMUNICACIÓN

Una vez expuesto lo anterior, ante todo y en primer lugar, hay que recordar que todo enunciado procede de alguien, y se dirige a alguien también. Se constituye de este modo desde una instancia emisora, sea esta individual (por ejemplo, en una conversación) o de carácter grupal (como ocurre en una campaña publicitaria o electoral), y se dirige a un receptor, que también puede poseer este doble carácter privado y público. Esa presencia necesaria del yo y del tú en los mensajes apunta a nuestra intrínseca naturaleza comunicativa y social, que nos implica junto a los otros en la recreación cotidiana del vivir. «Yo es tú –escribe Octavio Paz– y también él y nosotros y vosotros y esto y aquello. Los pronombres de nuestros lenguajes son modulaciones, inflexiones de otro pronombre secreto, indecible, que los sustenta a todos, origen del lenguaje, fin y límite del poema»²⁷. En el fondo, se trata de ese nosotros indispensable que acentúa en su ausencia nuestra soledad esencial, y que ha sido reivindicado, tan inteligente como hermosamente, por el sabio Emilio Lledó, quien considera que lo que decimos es siempre una fractura, una ruptura, una quebradura. Estamos deseosos de que nos entiendan, de que nos interpreten, de que nos acojan, de que nos miren, de que nos amen. Todo el lenguaje es, así, un símbolo porque el propio ser humano es una fracción, una parte. Sólo existimos como parte y ansiamos vivir, existir realmente como totalidad²⁸.

²⁷ Octavio PAZ, *El arco y la lira*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 181.

²⁸ Emilio LLEDÓ, «Lenguaje, poesía y amor», *La Vanguardia*, 30 de julio de 1999, p. 6.

EL YO MÚLTIPLE: LA POLIFONÍA LINGÜÍSTICA

Nadie es una isla. Quizá por ello amparamos con frecuencia nuestras opiniones y discursos en los de los otros, y bajo nuestros mensajes se escuchan voces o puntos de vista diversos. Es el yo múltiple de la polifonía lingüística. Tal vez sea esa necesidad de salvaguarda social lo que empuje a que nuestras intervenciones precisen sustentarse en puntos de vista diferentes a los nuestros, que pueden servirnos tanto de apoyo argumentativo, constituyendo con ello acuerdos grupales, como para distanciarnos y disentir respecto a ellos. Esta evidencia, recogida en la denominada teoría polifónica de la enunciación, fue desarrollada principalmente por Oswald Ducrot²⁹. Este autor, basándose en el dialogismo de Bajtin, consideraba que en gran parte de nuestros enunciados podían rastrearse puntos de vista diferentes al que se manifiesta explícitamente. Entre estos usos, algunos aparecen codificados desde antiguo. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la cita de autoridad, cuya práctica se asocia a la defensa verbal que ofrece al hablante la opinión de una voz más reputada y admirada que la suya, con la que busca identificarse y por cuyo crédito desea ser contagiado, porque en su visión de la realidad sostiene la propia. Este uso admirativo de la consideración ajena, recogida en el discurso propio, exige que aquella posea una notoriedad indiscutible³⁰ para que su aceptación social sirva como fórmula persuasiva de una manera eficaz. Si se lleva a cabo de modo cuidadoso y estudiado, este puede ser un recurso muy eficaz. Así lo demostraba el presidente estadounidense Obama en marzo de 2012 durante un viaje a Brasil, cuya intervención finalizó con una cita de la obra *Valquirias* del popular escritor, de nacionalidad brasileña, Pablo Coelho, con la que consiguió

²⁹ OSWALD DUCROT, *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós, 1986.

³⁰ Otra cosa es lo que se entienda por «indiscutible», pues la calidad y el grado de la autoridad citada varían notablemente de unos casos a otros sin que parezca existir un patrón de medida. La eficacia de la autoridad de la que se echa mano puede radicar, así, en elementos tan diferentes como el rigor de su obra, su popularidad mediática, la cercanía del tipo que sea a los oyentes, el propio canon, etc.

arrancar una gran ovación y fuertes aplausos del público, y en la que decía:

Es este sentimiento de que todo es posible, ese optimismo el que condujo a los primeros pioneros a este Nuevo Mundo. Es lo que une a nuestras naciones como aliadas en este nuevo siglo. Es por eso por lo que creemos, en palabras de Paulo Coelho, uno de vuestros escritores más famosos, que «con la fuerza de nuestro amor, de nuestra voluntad, podemos cambiar nuestro destino, y el destino de mucha gente»³¹.

Idéntica intención se disimula cuando se acude, para legitimar el propio punto de vista, a la opinión de la mayoría, mecanismo este que refleja nuestra consideración de que lo que hace todo el mundo es lo correcto, y que revela nuestra tendencia natural a sentirnos gregarios y protegernos en el grupo. Siendo este un recurso de gran poder de convicción es también uno de los más falaces, ya que ni lo más considerado es necesariamente lo mejor, ni es fácil saber qué es lo que piensa la mayoría sin encuestas que lo avalen. Sin embargo, es sin duda uno de los reclamos más empleados cotidianamente por los vendedores de productos e ideas pues, como se ha señalado, este argumento sugiere un gran prestigio, aunque no siempre responda a la realidad. Así, en el caso de la publicidad editorial, por ejemplo, la cita de autoridad actúa como una forma sustitutiva y simplificada de la crítica literaria, de donde, por otra parte, acostumbra a extraer los enunciados utilizados³². Y de todos es conocido el carácter relativo y extremadamente subjetivo que define a la crítica de libros.

De uso más infrecuente, y reflejo de nuestra tendencia a afrontar las discusiones como batallas en las que siempre queremos resultar vencedores, la polifonía impuesta es otro de los hábitos acostumbrados en los altercados cotidianos y en las contiendas políticas, donde al contrincante dialéctico le suponemos una opinión

³¹ <http://planetadelibros.com/blog/editores/2011/03/23/barak-obama-cita-a-paulo-coelho-en-su-viaje-a-brasil/>. [Fecha de consulta: 7/9/2012].

³² Cf. Asunción ESCRIBANO, *La retórica publicitaria editorial. El arte de vender un libro*. Madrid: Arco Libros, 2012, pp. 39-48.

que a nosotros nos interesa que tenga. Solo así se puede entender un titular periodístico como el siguiente: «Rubalcaba cree que Rajoy piensa que la crisis le pondrá en la Moncloa»³³. Con este mismo criterio se puede considerar como una práctica polifónica la diafonía, donde se introduce en el propio discurso el de nuestro interlocutor para interpretarlo, refutarlo, justificarlo o negarlo. Un buen ejemplo de este recurso sería una expresión como la siguiente: «¿Cómo se puede decir que España está muy bien?»³⁴, formulada por Mariano Rajoy en el debate entre él y el presidente Zapatero previo a las elecciones de marzo de 2008.

Pero, sin duda, donde se obtienen las inferencias más interesantes en este sentido es en la ironía ecoica y en la negación polémica. La ironía es un mecanismo que, según Ducrot, supone que un locutor presenta la enunciación bajo un punto de vista del que en realidad se distancia, lo que hace de él un recurso muy utilizado por el humorismo gráfico en los diarios y, en definitiva, por todos aquellos que hacen del lenguaje una crítica a lo establecido. «La ironía es una virtud que destruye» –escribió Albert Camus–³⁵ y como bien sabía este autor, los poderosos suelen sentirse más cómodos entre los vicios que construyen. En cuanto a la negación polémica, el planteamiento polifónico surge de la percepción de que detrás de muchos enunciados negativos se esconde una segunda voz, la correspondiente afirmativa, y a veces hasta la hace peligrosamente presente. En este sentido George Lakoff consideraba en su «teoría de los marcos» que negar el punto de vista del adversario dialéctico supone

³³ Negocios.com, 20-6-2010: <http://www.intereconomia.com/noticias-negocios/finanzas-personales/politica-economica/rubalcaba-cree-que-rajoy-piensa-que-crisis>-. En el artículo puede leerse lo siguiente: «El ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, ha acusado al líder del PP, Mariano Rajoy de no echar “ninguna mano” al Gobierno para solucionar la actual coyuntura económica y de mantener la postura de “no decir nada, a ver si la crisis por sí sola me lleva a la Moncloa”», [fecha de consulta: 23/8/2012].

³⁴ http://elpais.com/elpais/2008/02/26/actualidad/1204017419_850215.html [Fecha de consulta: 7/9/2012].

³⁵ Albert CAMUS, *El estado de sitio. Espectáculo en tres partes*. Trad. de Pedro Laín Entralgo y Milagros Laín Martínez. *Obras completas*, 2. Madrid: Alianza, 1996, p. 196.

reforzarlo, y así lo demostraba recordando cuando el expresidente Nixon afirmó, al dirigirse al país por TV tras el escándalo Watergate, que no era «un chorizo», y lo que hizo fue –precisamente– que todo el mundo pensara que lo era³⁶. Por lo tanto, con frecuencia las negaciones apuntan ineludiblemente a aquello que se rechaza. La presuposición de la afirmación aparece de este modo resaltada, como si alguien la hubiera subrayado con un rotulador fluorescente. Lo vemos mejor en un ejemplo literario. Negando la evidencia palmaria de la tristeza, Ana Merino la hace tremendamente presente, en los siguientes versos: «No es un día triste / aunque habite la lluvia en su regazo / y el rastro de las horas / se parezca al olvido»³⁷. La tristeza en estos versos se construye a través de su negación, en la contundencia precisa de su presencia. Como todos sabemos, si hay espacios y tiempos asociados a lo aciago estos se visten repetidamente de la atmósfera desprotegida y cuajada del chubasco. Por eso esta escritora manifiesta la razón que apuntaría a pensar no solo en un día triste, sino en una de esas jornadas emocionalmente extremas que se caracterizan por asimilar el estado anímico interior a la acuarela sombría del aguacero. Como vemos, por lo tanto, el recurso a la polifonía se constituye en un poderoso artificio persuasivo ya que permite disimular bajo el discurso explícito otras voces que apoyan, y con frecuencia esconden, la propia.

EL TÚ EN EL DISCURSO AJENO Y EN LOS ACTOS DEL LENGUAJE

La voz ajena también puede manifestarse en el discurso a través de la reproducción de sus palabras, literales o filtradas en la reconstrucción de su intención, por el responsable del enunciado. Se trataría, en este caso, de la aparición del tú en el discurso. Es este un modo, muy sutil y fácilmente inadvertido, de expresar la propia subjetividad en la mirada de otros. Sin embargo, esta doble

³⁶ George LAKOFF, *No pienses en un elefante*. Trad. de Magdalena Mora. Madrid: Editorial Complutense, 2007, pp. 23-24.

³⁷ Ana MERINO, *Curación*. Madrid: Visor, 2010, p. 46.

posibilidad de duplicar el discurso ajeno abre un mundo casi infinito de matices en nuestros intercambios comunicativos cotidianos y, de manera especialmente relevante, en los medios de comunicación, donde es posible transcribir, junto a las declaraciones de alguien, la percepción que se tiene sobre él o sobre su comportamiento. Así, la difusión de las declaraciones ajenas puede llevarse a cabo mediante cita directa o textual, respetando la literalidad de aquellas, o mediante cita indirecta donde se hace hincapié en la idea, pero no se respeta la fidelidad original de la expresión. De esta manera, y como escribió Bajtin, «el universo ideológico ajeno no puede representarse correctamente si se le niega la posibilidad de sonar por sí mismo, sin revelar su propia palabra»³⁸. En realidad, y aunque solo es posible tener certeza de la autenticidad de la cita si esta es literal, lo cierto es que los titulares de prensa nos han acostumbrado a la presunta certeza de las declaraciones del estilo indirecto.

Por otra parte, en el caso de las citas indirectas, hay que tener en cuenta que se puede elegir un modo de representación de estas que traslade las intenciones de quien habló. En este sentido hay que acudir entonces a la teoría de los actos del lenguaje de Austin³⁹, quien inició una corriente de estudio centrada en la relevancia del lenguaje corriente. La aportación más interesante de este teórico, desde un punto de vista comunicativo, es la diferencia entre los actos locutivos, ilocutivos y perlocutivos⁴⁰. Esta teoría nos resulta de interés por su reflejo en las formas verbales que expresan los respectivos actos y la subjetividad que implica esta elección. Partamos, por tanto, de un escenario en el que un protagonista de la actualidad realice unas declaraciones y estas se publiquen al día siguiente en los medios de comunicación. Estos las habrán reflejado con formas verbales que describan el mero hecho de haber dicho algo, que hagan hincapié

³⁸ Mijaíl BAJTÍN, *Las fronteras del discurso*. Trad. de Luisa Borovsky. Buenos Aires: Las cuarenta, 2011, p. 73.

³⁹ John Langshaw AUSTIN, *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1982.

⁴⁰ El acto locutivo es el que se lleva a cabo por el mero hecho de decir algo. El ilocutivo se realiza al decir algo, esto es, revela intenciones. Y finalmente, el perlocutivo, que se lleva a cabo por haber dicho algo, es decir, expresa efectos o resultados.

en la manera o la intención de lo dicho, o que apunten a los efectos generados por las palabras. Es decir, cada medio podrá subrayar la locución, la ilocución o la perlocución. Como ejemplo real, y nunca mejor dicho, podemos acudir a las declaraciones del Rey Juan Carlos cuando, el 10 de noviembre de 2007, en la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, pronunció la ya antológica frase: «¿Por qué no te callas?». Un hecho como este fue recogido al día siguiente de maneras distintas por los distintos medios:

El País apostó en uno de sus titulares por una reproducción literal en estilo directo:

El Rey a Chávez: «¿Por qué no te callas?».

El Mundo, por su parte, optó por la cita indirecta en la que incluía la actitud del monarca en la forma ilocutiva «enfrentarse», y la razón de la intervención real:

El Rey se enfrenta a gritos con Chávez en defensa de Aznar: «¿Por qué no te callas?».

El *ABC*, sin embargo, optó por una expresión perlocutiva, que reflejaba las consecuencias del acto verbal:

El Rey para los pies a Chávez por sus insultos a España: «¿Por qué no te callas?».

También se mostró este hecho en su perlocución en el *Nuevo Diario* nicaragüense donde se podía leer:

Rey calla a Chávez.

Otros medios optaron por distintas formas ilocutivas en las que se hacía hincapié en la virulencia del acto, con verbos como «espetar», en *20 minutos.es*:

«¿Por qué no te callas?», espetó el Rey a Chávez en la Cumbre Iberoamericana;

o en los que se reflejaba la autoridad real en la forma verbal «mandar», en *El Público*:

El rey manda callar a Chávez.

O en la más intensa semánticamente «exigir» en el *Clarín.com*:

«¡Por qué no te callas!», exigió el rey Juan Carlos a Chávez.

Especialmente curiosa fue la apuesta del periódico venezolano *El Nacional*, donde se podía leer:

«¡Por qué no te callas!», increpó el rey Juan Carlos a Hugo Chávez.

Si se dan cuenta el verbo «increpar» supone un juicio implícito de quien lo usa en relación con lo relatado en él, ya que supone, tal y como se recoge en el diccionario académico, «reprender con dureza y severidad» a alguien. También merece la pena recalar en el título de *El nuevo Día* boliviano donde aparecía:

El Rey de España se enfurece y conmina a Hugo Chávez a callarse.

En esta ocasión se apostó por expresar el estado anímico del monarca como causa de su acción, recogida en la forma «conminar», cuyas acepciones académicas basculan entre la autoridad y la amenaza. Vemos, en definitiva, cómo en la transmisión indirecta de los actos a través de las formas que reflejan ilocución se pueden transmitir puntos de vista diferentes que van desde reflejar la manera en que fueron hechas las declaraciones, pasando por la valoración que se hace del agente verbal, hasta llegar, incluso, a incluir la mayor o menor legitimidad que acompaña al acto verbal.

EL NOSOTROS: LA PREOCUPACIÓN POR EL OTRO COMO BRÚJULA DE LA COMUNICACIÓN

Pero si hablamos de subjetividad lingüística, es obligado aludir ahora a la manera en como afrontamos, y relatamos después, los intercambios comunicativos con nuestros semejantes, algo que afecta, de nuevo, de manera evidente a los medios de comunicación social. Partimos para ello de una certeza elemental: que en nuestra sociedad se nos educa para ser corteses y, con ello, favorecer las relaciones sociales. Se trata de una apuesta por el «nosotros» que representaría la preocupación por el otro como brújula de la comunicación. Como ha acertado a expresar la Chantal Maillard más desgarradamente lírica: «No nos engañemos: la comunicación es un acuerdo o, a lo sumo, conciencia de que todos compartimos la misma oscuridad y la sospecha de que, en el naufragio, tratamos de romper la misma escotilla»⁴¹. Este principio básico se revela en una serie de normas aprendidas en la infancia que posteriormente se exteriorizan a lo largo de la vida en los contactos con nuestros semejantes. De este modo, y dado que el lenguaje es el principal mecanismo de intercambio social, su utilización es uno de los recursos fundamentales para favorecer esa cortesía necesaria para poder convivir en armonía e, incluso, para favorecer la paz mediante el diálogo con el otro. No en vano, como acertadamente señaló nuestro añorado y querido Julio Ramos, «quien dialoga no se caracteriza por debilitar los contornos de su identidad, sino precisamente por ofrecer con claridad aquellos que posee»⁴². O expresado más líricamente, como afirma el poeta Gonzalo Sánchez-Terán cuando

⁴¹ Chantal MAILLARD, *Filosofía en los días críticos*, o. c., pp. 73-74. En opinión de esta autora, «que el ser sea siempre de algún “modo” significa que ha de ser dicho. De ahí que el “modo” sea lo que puede ser comunicado, no el “ser”, que no es nada si no es dicho de algún “modo”. De ahí, también, la necesidad del acuerdo para la comunicación. Escribo y construyo. Hablo y convengo. Luego es más fácil: hablamos y nos entendemos: el “modo” se ejercita. Ejercitarse en el “modo” es ser-en-compañía, construir el “nosotros”», o. c., p. 66.

⁴² Julio A. RAMOS GUERREIRA, *Teología pastoral*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, p. 248. Quizá ese miedo a comunicarnos con el otro late también en la idea de Chesterton de que «la gente no cree porque no quiere ensanchar su

entona: «Defendiendo el yo eres y el tú soy / recibí amor en territorios de odio»⁴³.

La cortesía lingüística tiene su expresión social en una serie de comportamientos, estudiados por Robin Lakoff⁴⁴ y por Geoffrey Leech⁴⁵, que han cristalizado en una interesante clasificación de las acciones en función de su nivel de cortesía y consideración social. Tendríamos, de esta manera, en primer lugar, los actos sociables o acciones que apoyan la cortesía, con las que se favorecen las relaciones sociales, reflejadas en verbos como *agradecer, felicitar, saludar, ofrecer, invitar, prometer*... En segundo lugar, los actos indiferentes a la cortesía se comunican mediante verbos que describen de manera neutra el acto, como *decir, informar, anunciar*... Los actos competitivos son, por su parte, las acciones que entran en conflicto con la cortesía, y que se enuncian mediante formas como *preguntar, pedir, ordenar, exigir*... Finalmente, los actos conflictivos son aquellos claramente descorteses. Son acciones dirigidas contra el mantenimiento de la relación entre los interlocutores que se expresan en verbos como *amenazar, acusar, maldecir, insultar*...

De esta división debería derivarse una intensa reflexión sobre el uso periodístico y en el lenguaje de la política de estas formas verbales que reflejan, inevitablemente, la mejor o peor consideración de los protagonistas de la información en relación con su imagen. Al recurrir a algunos de estos verbos, los medios de comunicación –tras los cuales, no lo olvidemos, hay personas concretas– supeditan su contribución a la armonía social y a la construcción de la paz, funciones ambas que deberían tener como servicios públicos que son, a sus intereses ideológicos y, sobre todo, económicos. Así

pensamiento», Gilbert K. CHESTERTON, *San Francisco de Asís*. Trad. de Marià Manent. Barcelona: Juventud, 2012, p. 21.

⁴³ Gonzalo SÁNCHEZ-TERÁN, *Desvivirse*. Madrid: Visor, 2001, p. 62.

⁴⁴ Robin LAKOFF, «La lógica de la cortesía, o acuérdate de dar las gracias», en María Teresa JULIO y Ricardo MUÑOZ, *Textos clásicos de pragmática*. Trad. de Marcos Cánovas. Madrid: Arco Libros, 1998, pp. 259-278.

⁴⁵ Geoffrey LEECH, *Principles of pragmatics*. London: Longman, 1983.

lo vemos, por ejemplo, en todos aquellos encabezamientos informativos en los que se acude a fórmulas como *arremeter*, *atacar*... que se han convertido, desgraciadamente, en el pan nuestro de cada día en la información sobre política nacional. En ellos, además de describir una situación, el redactor traslada una imagen negativa del protagonista⁴⁶. No es de extrañar, por lo tanto, que este tipo de informaciones suela afectar a noticias cuyos agentes son del partido ideológicamente contrario a la línea del medio⁴⁷, como vemos a continuación:

El PP arremete contra UPyD y sitúa a Díez a la «izquierda de la izquierda» (*El País*, 14-5-11).

El PSOE arremete contra la subida del IVA (*El Mundo*, 28-4-12).

⁴⁶ «Rajoy fulmina a Matas, gana tiempo con Gürtel y evita hablar de Fabra» (*El País*, 6-4-2010) o «Aguirre hurga en la deuda de Gallardón» (*Público*, 19-11-2010).

⁴⁷ Asunción ESCRIBANO, *Pragmática e ideología en las informaciones sobre conflictos políticos*. Salamanca: Universidad Pontificia, 2001.

LAS PALABRAS, LOS LADRILLOS DE LA REALIDAD

Palabras y realidad, por lo tanto, caminan juntas a pesar de que haya quien considere que «las palabras separan de las cosas / la luz que cae en ellas»⁴⁸. Nombrar el mundo, por otra parte, obliga a conocer los vocablos que lo describen y lo narran. «Llegamos a este mundo –afirma Alberto Manguel– empeñados en encontrar una narrativa en todo: en el paisaje, en el cielo, en las caras de los demás y, por supuesto, en las imágenes y palabras que nuestra especie crea»⁴⁹. Pero también en el uso de estos términos comprometemos nuestra mirada. Utilizar las palabras no supone solo describir lo que nos rodea, sino que elegir una expresión en lugar de otra implica, como ya hemos señalado, una determinada manera de percibir y comunicar la existencia. Las palabras se convierten, de este modo, en un vehículo contundente de transmisión de emociones, pensamientos y valores. Quizá sea la finalidad comunicativa la primera necesidad vital del hombre, antes que ninguna otra, y para ella es posible que tan solo sea necesario un puñado de palabras, como escribe Carlos Marzal cuando afirma que «cuatro o cinco palabras aprendidas / en la noche del tiempo, siendo niños, / nada más que esas cuatro o esas cinco / palabras aprendidas son precisas, / para nombrar los dos o tres asuntos / que merecen nombrarse en esta vida»⁵⁰. Sin embargo, como veremos a continuación,

⁴⁸ FRANCISCO BRINES, *Para quemar la noche*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, p. 187.

⁴⁹ ALBERTO MANGUEL, *El sueño del Rey Rojo. Lecturas y relecturas sobre las palabras y el mundo*. Trad. de Juan Tovar Elías. Madrid: Alianza, 2012, p. 17.

⁵⁰ CARLOS MARZAL, *Sin porqué ni adónde*. Sevilla: Renacimiento, 2003, p. 143.

la pluralidad verbal matiza, distingue y ayuda a aprehender la variedad colorista de lo emocional. De ahí que, nuevamente, un buen conocimiento y uso del lenguaje sea importante para una buena convivencia entre las personas.

EL LÉXICO Y SUS MATICES

El léxico y sus matices son, así, elementos esenciales en nuestra comunicación. Lo cierto es que la exigencia humana de matizar subjetivamente la percepción con finalidades distintas ha enriquecido infinitamente el vocabulario, probablemente fue uno de los estímulos más eficaces a la hora de generar el lenguaje como algo más que un mero instrumento de relación social en los albores de la especie. La razón de esto hay que buscarla en que «bajo las palabras se encuentran, no objetos, sino guiones, o más bien esquemas de guiones»⁵¹. Los hechos son lo que son, pero el lenguaje no se limita a describirlos, sino que los interpreta, y a veces esa interpretación arrastra consecuencias que van más allá del propio punto de vista. En este sentido hay que recordar cómo después del atentado del 11 de septiembre de 2001 hubo un intenso debate legal sobre si había habido un solo suceso (considerándolo como un único plan terrorista) o dos sucesos (considerando que fueron dos las torres derrumbadas en momentos distintos). El debate sobre esa precisión semántica no era baladí, puesto que en él se estaban jugando 3.500 millones de dólares. Si el 11-S se consideraba un único suceso, la compañía aseguradora debía pagar al arrendatario del World Trade Center 3.500 millones de dólares. Si eran dos, se duplicaba el montante⁵². El hecho de interpretar de manera diferente un único acontecimiento apunta a que la realidad puede representarse de manera diferente en la mente humana en función de aquello a lo

⁵¹ Jean-Claude ANSCOMBRE y Oswald DUCROT, *La argumentación en la lengua*. Trad. de Julia Sevilla y Marta Tordesillas. Madrid: Gredos, 1994, p. 236.

⁵² Steven PINKER, *El mundo de las palabras. Una introducción a la naturaleza humana*. Trad. de Roc Filella. Barcelona: Paidós, 2007, p. 16.

que le damos prioridad. Nombrar los objetos y experiencias, englobándolos en una categoría, hace que se resalten ciertas propiedades sobre otras. Delimitar los objetos, o constituirlos dentro de grupos de cosas nos permite estructurar la realidad perceptiva pero, también, interesadamente, reflejando con ello actitudes cognitivas. Cortamos en pedazos la realidad con las palabras y establecemos de este modo los límites de las experiencias y las percepciones. Tendríamos que preguntarnos, entonces, como hace Riechmann, dónde empiezan y dónde terminan: «¿Qué es describir? / ¿Qué es un hombre, un niño? / Realidad, digo, y cuando digo: ¿qué? / ¿Qué significa objetivo, subjetivo, / qué la imaginación, qué el deseo?»⁵³.

Por lo tanto, cada tipo de palabras ofrece, en este sentido, una visión distinta de la existencia. Sustantivos, verbos, adjetivos o adverbios reflejan maneras diferentes de mirar la realidad⁵⁴. No en vano, algunas partes de la oración parecen demostrar en su organización la realidad de las categorías kantianas, ya que los sustantivos aluden a la sustancia, el espacio se refleja en las preposiciones, y la causalidad y el tiempo, entre otras, en los verbos. Y la literatura ha sabido hacer de este tipo de palabras el apoyo magistral de expresión afectiva. Tomemos para evidenciarlo una experiencia tan universal como es el tiempo, y veamos sus variadas posibilidades nominativas a través de estos tipos de palabras. Espero que se me permita aquí la osadía de comentar brevemente textos entre estas paredes que llevan siglos acogiendo voces más autorizadas que la mía; osadía a la que me lanzo, quizá, debido a la calidez con la que siempre me ha acogido entre sus aguas la estilística que aprendí –aún sigo haciéndolo– en estas aulas.

Empecemos por el verbo, una de las grandes creaciones de la mente humana, fruto probablemente de la necesidad de plasmar

⁵³ Jorge RIECHMANN, *El día que dejé de leer* El País. Madrid: Hiperión, 1997, p. 56.

⁵⁴ Fritz Mauthner ha puesto de manifiesto que «las tres categorías de sustantivo, adjetivo y verbo fundamentan tres modos diferentes de entender el mundo y que una misma realidad puede contemplarse de esas tres maneras», José L. RAMÍREZ GONZÁLEZ, «El significado del silencio y el silencio del significado», en Carlos CASTILLA DEL PINO, *El silencio*. Madrid: Alianza, 1992, p. 44.

experiencias vitales básicas como son, entre otras, el movimiento o la causalidad. Nos servimos para ello de uno de los enunciados literarios –a mi entender– más conseguido en relación con el engarce entre usos temporales y semánticos del verbo, construido con una impecable exactitud, tangencial entre fondo y forma, entre hechura y emoción. Dos versos articulan el lamento que un poeta, Auden, realiza impotente ante la enfermedad y la muerte de su amigo, el también poeta Yeats:

Lejos de su enfermedad
los lobos seguían corriendo por los bosques perennes⁵⁵.

En una simple oración asistimos a la construcción perfecta del paso del tiempo y su movimiento mediante la perífrasis verbal de continuidad «seguían corriendo» a la vez que dicha construcción resalta nuestra incapacidad ante la muerte. No es solo que los lobos corrieran, sino que el «seguir» adiciona al presente un pasado y un futuro infinitos. Ese gerundio que permanece en la mente del lector cuando la frase ya se ha terminado, cuyo significado se incrementa asimismo gracias al contagio de la propia perennidad de los bosques a través de los que se efectúa el movimiento y hacia los que lanza o proyecta la preposición, se opone a la quietud de la enfermedad, y a la vez expresa la indiferencia de un universo natural donde la vida late por acumulación de pulsiones, indiferentemente, al margen de las existencias

⁵⁵ El texto original dice: «Far from his illness / The wolves ran on through the evergreen forest [...]» y, entre las diversas traducciones posibles, hemos preferido la versión de Mario Jurado en su traducción de la obra de Terry EAGLETON, *Cómo leer un poema*. Madrid: Akal, 2010, p. 16. La traducción de Waldo Rojas para la revista *Trilce*, en 1970, dice «Lejos de su enfermedad los lobos corrieron a través de los bosques siempre verdes», *Poesía universal traducida por poetas chilenos*. Selec. de Jorge Teillier. Santiago de Chile: Editorial universitaria, 1996, p. 245. Accesible en: <http://books.google.es/books?id=dxoKhpon2CcC&pg=PA245&lpg=PA245&dq=%22lejos+de+s+u+enfermedad+los+lobos+%22&source=bl&ots=C0Qn0Ktw0E&sig=0YMIEU8PQ3W838Kgzzgf1JMbi15k&hl=es>. Y la de Jesús Rojas, «Lejos de su enfermedad los lobos siguieron corriendo a través de bosques siempre verdes», accesible en: <http://jesus-rojasm.blogspot.com.es/2011/03/poesia-en-lengua-inglesa-williams.html> [Fecha de consulta de ambas páginas: 16/9/2012].

concretas. A su vez, ese imperfecto de indicativo, *según*, sumado a la semántica del término, nos permite visualizar, como si de un *tráveling* cinematográfico se tratara, a los lobos moviéndose veloces frente a la pantalla pasmada de nuestros ojos. El espacio abierto de lo natural se anuda a la espera infinita de un tiempo que se cierra ante el final inevitable. «Cuando pensamos en el tiempo –ha escrito Steven Pinker–, se iluminan las partes del cerebro dedicadas al espacio»⁵⁶, quizá porque ambos conceptos comenzaron ocupando el mismo espacio perceptivo en el cerebro en el inicio de nuestro desarrollo como homínidos, y de aquí la grieta existencial que supone la visualización del universo inerte sometido extremadamente a la vida, mientras el tiempo íntimo y desazonado del ser humano se quiebra e inmoviliza⁵⁷.

Busquemos ahora esa descripción del discurrir temporal a través de los sustantivos. Acudamos para ello a un texto de Jorge Luis Borges, quien aquilata de manera magistral el paso de los años mediante seis vocablos perfectos y certeros, en los que se avanza desde la descripción paisajística hasta la expresión íntima de la palpitación emotiva, en un lúcido comentario con el que anticipa su prólogo a *Fervor en Buenos Aires*, 30 años después de su publicación inicial. En él escribe:

En aquel tiempo, buscaba los atardeceres, los arrabales y la desdicha; ahora, las mañanas, el centro y la serenidad⁵⁸.

Vemos así cómo a través de los sustantivos (*atardeceres, arrabales, desdicha, mañanas, centro y serenidad*) opuestos de dos en dos, se expresa espléndidamente la sensación de mutilación

⁵⁶ Steven PINKER, *El mundo de las palabras*, o. c., p. 317.

⁵⁷ Parecida sensación ante la eternidad detenida ante nuestros ojos producen las palabras con que comienza Umbral su novela *Los helechos arborescentes*, sobre la posguerra: «Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes, purificando la atmósfera de anhídrido carbónico, y el lechero de la caída de la tarde pasaba con su carro de fuego y el jaleo de la leche sonando fresco dentro de los cántaros, y yo me quedaba en suspenso, mirando quieto a la nada de la calle, a la calle de la nada...», FRANCISCO UMBRAL, *Los helechos arborescentes*. Barcelona: Bibliotex, 2001, p. 13.

⁵⁸ Jorge Luis BORGES, *Obras Completas*, 4 vols. Barcelona: Emecé, 1996, I, p. 13.

resquebrajada del tiempo. Borges, impresionante hasta el abismo, vocea este terrible transitar de quien ha viajado plásticamente de la extraviada desdicha adolescente, hasta la domada serenidad de la madurez; del extremo desorden emocional del turbio atardecer hasta el engarce perfecto y medido de la luz matutina; desde la puntilla herrumbrosa del arrabal, con su turbiedad sospechosa, hasta el centro, seguramente más emocional que físico, hasta ese estado otorgado por los años en el que uno es capaz de sostenerse de puntillas y sobre una sola pierna en el centro del mundo sin problemas. Aunque, a pesar de la objetiva semántica positiva del arribo al hogar después del desplazamiento vital, el lector no puede evitar sentir la rotunda sensación de la amputación de la carencia, la nostalgia dulce del descalabro que le permitía mirar más largo y más hondo en la profundidad del mundo que suponen esas etapas perdidas de la infancia y de la adolescencia, «aquel tiempo» melancólico hacia el que apunta el deíctico cerrado de lo irrecuperable, con la opresión de quien cierra una puerta y se deja la llave dentro.

Los adjetivos, por su parte, términos subjetivos por excelencia, nos permiten colorear inagotablemente el mundo y sin ellos no habría conceptualización de bien o mal⁵⁹. Los adjetivos, cuyo origen es asociado literariamente por Lourdes Ortiz a la pérdida del estado original del paraíso⁶⁰, reflejan claramente la actitud subjetiva del hablante, y lo pueden hacer de maneras distintas. Así nos podemos encontrar con adjetivos objetivos del tipo *soltero* o *rubio*, o con adjetivos afectivos como *desgarrador*, *alegre*, que enuncian una reacción emocional del sujeto hablante frente al objeto; o con evaluativos del tipo *grande* o *lejano*, que implican una evaluación cualitativa o

⁵⁹ George STEINER, *Presencias reales*. Barcelona: Destino, 1998, p. 74.

⁶⁰ Donde antes de caer en la tentación: «No había distancia entre el nombre y lo nombrado, entre el sonido y el eco: caballo, elefante, gallina, mirlo. Era hermoso el mirlo y luminoso el tulipán y probablemente perfecta la rosa, pero tú no podías definirlo como hermoso porque no había valoración, ni adjetivo para comparar, ni matiz, ni grado que marcara jerarquías y diferencias». «Eva», en Lourdes ORTIZ, *Voces de mujer*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2007, p. 88.

cuantitativa del objeto denotado por el sustantivo⁶¹. Pero, sin duda alguna, los adjetivos subjetivos por excelencia son los axiológicos como *bueno* o *correcto*, que aplican al objeto denotado por el sustantivo al que determinan un juicio de valor, positivo o negativo⁶². Pero más allá de esa consideración maniquea, los adjetivos nos expresan humanamente con contundencia. Y lo hacen en aquellas experiencias impactantes, como es el paso del tiempo, que se agazapan en la memoria a lo largo de la vida. Lo constatamos ahora en un expresivo texto de Luis Rosales titulado «Ayer siempre es domingo». En él, el escritor rememora melancólicamente el tiempo perdido, las festividades de su infancia cuando la familia visitaba a la abuela, y para su evocación recurre a una serie de adjetivos (*entero, redonda, grande, indivisible, semanal*) con los que muestra el brillo vivo de la permanencia emocional:

El domingo es el único día entero [...] Y ya después de merendar el chocolate con dátiles y jalea, comenzaba a crecer la hora redonda del domingo; la hora grande, indivisible y semanal⁶³.

En nuestro texto, expresiones como «día entero», «hora redonda», «hora grande, indivisible y semanal», de carácter evaluativo, se tiñen de valor axiológico ante su uso emocional y metafórico. Con ellos el escritor manifiesta la capacidad humana de multiplicar las sensaciones, aplicando propiedades de los objetos, en relación con su mate-

⁶¹ A este último tipo se refiere irónicamente el escritor Julian Barnes cuando, ante una receta de cocina, reflexiona: «Para los escritores de recetas, sólo existen cebollas de tres tamaños, “pequeñas”, “medianas” y “grandes”, mientras que las cebollas en la bolsa de la compra varían desde el tamaño de una chalota hasta la de una bola de petanca. De modo que una instrucción como “Tome dos cebollas medianas” desencadena una búsqueda perfeccionista, en la cesta de cebollas, de bulbos que se ajusten a dicha descripción (es evidente que, como “mediana” es un término comparativo, hay que compararla con todo el espectro de cebollas que posee)». Julian BARNES, *El perfeccionista en la cocina*. Trad. de Jaime Zulaizka. Barcelona: Anagrama, 2006, p. 26.

⁶² Catherine KERBRAT-ORECCHIONI, *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Trad. de Gladys Anfora y Emma Gregores. Buenos Aires: Edicial, 1997, pp. 119 y ss.

⁶³ Luis ROSALES, «Ayer siempre es domingo», en *Poesía reunida 1935-1974*. Barcelona: Seix Barral, 1982, p. 271.

rialidad y su capacidad de fragmentación, al tiempo. De este modo, Luis Rosales consigue concretar y trasladar al lector la densidad extrema de una experiencia que persiste viva en la conciencia, redonda a pesar de los años, y que es el ejemplo de la conmoción luminosa que implica la niñez y que los años no consiguen desgastar.

Acudamos, para finalizar esta comparativa sentimental, al adverbio para hablar de los saltos en el tiempo que nos ofrece García Márquez en ese fantástico comienzo de sus *Cien años de soledad*:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

El lector ante ese prodigioso inicio no puede dejar de preguntarse hacia dónde apunta ese adverbio *después* que sitúa sorprendentemente el comienzo de la narración en la mitad del tiempo, el momento en el que el protagonista se encuentra al estrenar el relato, que no sabemos cuál es, pero tampoco importa, porque hacia lo que el narrador dirige esos juegos y saltos temporales es hacia la suma del tiempo. Desde el comienzo de la novela se encierra y sintetiza toda la historia de esos cien años de esa infinita tristeza tribal en ese adverbio. Tras él, García Márquez continuará narrando cómo el coronel Aureliano Buendía había de recordar *aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo*. Ahora ya no estamos en el presente ni en el futuro, sino que el escritor nos ha hecho viajar al origen, al momento inicial en que todo sucede. A esa alegoría paradisiaca en que el mundo era tan reciente que las cosas carecían de nombre. Ese momento inaugural recogido en todas las culturas en que el hombre empieza a ser hombre bautizando la realidad, aprisionándola en las denominaciones escogidas, y haciéndose, de este modo, dueño de ella. García Márquez sabe jugar con el tiempo y comprimir, en esa selección cuidadosamente escogida de formas verbales que cabriolean en torno al adverbio *después*, los cien años de soledad en los que discurre la historia maldita de los Buendía, toda la trama que luego irá desarrollando a lo largo de la novela con su prodigiosa prosa el escritor como si desenrollase pausadamente una alfombra ante los ojos del lector.

Sustantivos, verbos, adjetivos y adverbios pueden expresar realidades idénticas, pero en cada uno de ellos reverbera diversa la impresión que transmiten y el modo de emocionarnos. El verbo resalta el movimiento frente a la quietud; el sustantivo adensa en su centro la semántica de su hacer y construye así la realidad del mundo; el adjetivo refleja la intensidad subjetiva del mirar, y el adverbio comporta el modo y sus matices...

LA RETÓRICA COMO FORMA DE PROLONGAR LA REALIDAD

Sin embargo, la pura descripción nos hace mudos. Con frecuencia la realidad de la propia experiencia es más amplia, ancha y dilatada que las palabras que poseemos para nombrarla. Porque «el mar azul» no dice lo que se siente al contemplarlo. Porque, a pesar de todo, las palabras, en su afán descriptivo, no son suficientemente expresivas como para reflejar la riqueza que percibe y siente el hombre frente al universo. No lo son, al menos, cuando pretendemos comunicársela a los otros. Por ello necesitamos inventar fórmulas enriquecedoras con las que alargar esa experiencia hasta hacerla arribar a la génesis de la creación. La retórica se presenta, en este contexto, como una prótesis lingüística obligada, cuyo uso va mucho más lejos que el de un simple mecanismo de persuasión. De esta manera el lenguaje se carga de posibilidades que abarcan los espacios de la fonética, la morfosintaxis, la semántica o la lógica con los que se ambiciona romper con la arbitrariedad del lenguaje e incorporar impresiones añadidas a su uso corriente. Y de aquí el uso de distintas figuras retóricas para alcanzar y comunicar la vida en toda su extensión, adicionando sensaciones que buscan descubrir dominios a los que no llega la razón⁶⁴.

⁶⁴ «Las narraciones dependen en una medida sorprendente del poder de los tropos, es decir, de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, la implicación y demás figuras. Sin ellos, las narraciones pierden su poder de “ampliar el horizonte de posibilidades”, de explorar –como escribe Jerome Bruner– todo el espectro de conexiones entre lo excepcional y lo corriente», Jerome BRUNER, *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Trad. de Juan Carlos Gómez Crespo y José Luis Linaza. Madrid: Alianza, 1998, p. 69.

Con un bagaje histórico de presencia literaria y expresiva muy contundente, muchos de estos recursos retóricos han encontrado su mejor acomodo en los nuevos ámbitos comunicativos y comerciales del último siglo, en los que intensifican el valor persuasivo y estético de los enunciados. Fruto del dominio creativo de sus autores, las figuras acostumbra a adquirir, de este modo, valor semántico propio en los textos en los que aparecen. De un modo muy evidente este es el caso, por ejemplo, del ámbito de la retórica publicitaria editorial y de cómo esta vende un libro apelando, de manera especial, a los tópicos, conocidos y utilizados por la literatura desde siempre. Notable importancia tiene, por ejemplo, el uso del tópico de la cantidad, en relación con el cual he identificado hasta una veintena de modos diferentes mediante los cuales los editores o quienes realizan sus campañas de promoción intentan persuadir de que un libro determinado es «lo más»⁶⁵. No obstante, y pese al éxito comercial que indudablemente tiene este tipo de retórica, los editores no han dado aún con la clave de los bestsellers según la cual cualquier libro podría convertirse en el más vendido. Quizá porque, lejos de toda retórica, en los libros que realmente llegan a los lectores continúa siempre funcionando el proceso comunicativo básico que es conocido como «el boca a oreja», es decir, la recomendación entusiasmada entre los lectores. No es de extrañar por ello que uno de los editores actuales de mayor prestigio, a la hora de redactar los textos de las contracubiertas de su editorial, Adelphi, haya visto en ese sistema el modelo de referencia para recomendar sus libros, y que, según él, se trata únicamente «de decir pocas palabras eficaces, como cuando se presenta un amigo a un amigo»⁶⁶.

De cualquier manera, el empleo de las figuras retóricas resulta cada vez más utilizado, y de un modo más inteligente, por parte de la publicidad. Siguiendo en el ámbito editorial, veamos algunos ejemplos que demuestran usos textualmente fructíferos de algunos de estos mecanismos retóricos. Hace un tiempo la editorial Alfaguara decidió publicitar la obra de Arturo Pérez Reverte, *Con ánimo de*

⁶⁵ Asunción ESCRIBANO, *La retórica publicitaria editorial*, o. c., pp. 172-187.

⁶⁶ Roberto CALASSO, *Cien cartas a un desconocido*. Trad. de Edgardo Dobry. Barcelona: Anagrama, 2007, p. 19.

ofender, con el siguiente eslogan: «Literatura pura. Periodismo duro». En el lema, el redactor publicitario acudía a la repetición del elemento fonético *ur*, con magníficos precedentes literarios clásicos en obras como *La Araucana* de Ercilla o la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora. Precisamente en esta última, el poeta describe la cueva en la que vivía el gigante mediante el siguiente verso: «infame turba de nocturnas aves»⁶⁷. En nuestro enunciado este uso fónico tampoco es inocente y, además de conseguir con él cierta simetría sonora, su empleo incrementa la sensación de severidad intelectual y de crítica reflejada por el escritor en los artículos recogidos en el libro, y que aparecen expresadas tanto en el título como en el propio eslogan con el que se vende la obra. Parecidas connotaciones, si bien con peores consecuencias, aparecen cuando el mismo término es utilizado en el ámbito periodístico, y cuyo análisis podría deslizarnos por interesantes vericuetos acerca de la manipulación y los prejuicios en la redacción de determinados mensajes, como en el siguiente titular: «Una turba del régimen sirio asalta las embajadas de EEUU y Francia»⁶⁸.

⁶⁷ Como bien comenta Dámaso Alonso, la sensación de oscuridad tiene un prodigioso realce fonético en este verso, en el que la repetición y el acento rítmico que recae en ambos elementos intensifica la sensación de lobreguez y oscuridad, Dámaso ALONSO, *Góngora y el «Polifemo»*, 3 vols. Madrid: Gredos, 1980, III, p. 61. Por otro lado, este verso tiene sus acentos en la 4.^a y en la 8.^a sílaba, y ambos recaen, precisamente, en dos sílabas idénticas en *tur*, que con su vocal profunda y su cerrazón por la *r* es la que da esa sensación oscura a todo el verso, *ibídem*, p. 328.

⁶⁸ *El País*, 11 de julio de 2011. Otras noticias que han recogido en sus titulares los términos turba/turbas son los que siguen: *El País*: «Daniel Ortega justifica la violencia de las turbas contra el Parlamento de Nicaragua» (23-4-2010), «Las turbas espoleadas por Mugabe matan a otro granjero blanco en Zimbabue» (25-9-2003), «Una turba lincha a un japonés en Guatemala al creer que robaba niños» (1-5-2000); *El Mundo*: «Una turba lincha a un policía boliviano al confundirlo con un ladrón» (26-5-2012); *ABC*: «Una turba quema vivo a un sospechoso de homicidio en la región peruana de Puno» (10-8-2008); *Público*: «Una turba asalta la embajada del Reino Unido en Teherán» (30-11-2011), «Una turba femenina lincha a un joven que se unió a su fiesta vestido de mujer» (8-9-2009), «Una turba enfurecida quema vivos a dos ladrones en Bolivia» (19-11-2008); y *La Vanguardia*: «Una turba quema 265 chozas de “intocables” en India» (9-11-2012), «Una turba agrede sexualmente a una reportera de “France24” en El Cairo» (21-10-2012). Obsérvese que su aparición (nunca en sucesos nacionales) siempre se halla vinculada a actos violentos incontrolados llevados a cabo por masas de población en contextos geográficos subdesarrollados o en vías de desarrollo y, en ocasiones, contra víctimas occidentales.

Un ejemplo del buen uso comunicativo de una figura retórica lo podemos encontrar en una fotonoticia publicada por el diario ABC en 2008, construida sobre una paráfrasis del conocido microrrelato de Augusto Monterroso: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». La paráfrasis, o modificación de un texto original, es uno de los mecanismos retóricos más utilizados tanto en los textos periodísticos como en los publicitarios, y mediante ella el emisor consigue atraer la atención de sus lectores por la fácil evocación que en ellos genera. A pesar de ello, su uso no es recomendado en los libros de estilo de algunos medios de comunicación ya que se considera como un recurso fácil y reproble que demuestra escasa imaginación y abundante pereza mental⁶⁹. Sin embargo, al observar los textos contruidos mediante este recurso, se puede comprobar cómo lo anteriormente afirmado no es necesariamente cierto, y en numerosas ocasiones se demuestra un gran ingenio al conseguir acoplar el titular conocido a la nueva situación, casi siempre con intención irónica o crítica, como se puede comprobar a continuación:



⁶⁹ El País, *Libro de Estilo*. Madrid: El País, 1990, p. 45.

En literatura este tipo de recursos también facilita la multiplicación reveladora de los textos y se manifiesta en situaciones en las que describir literalmente las impresiones percibidas es como permanecer mudo ante su intensidad, pues las palabras a menudo se quedan cortas ante el ímpetu del sentir. De aquí que mecanismos como la sinestesia sean tan recurridos. Esta figura, resultado de combinar diferentes dominios sensoriales, suele responder a la limitación de un lenguaje que con frecuencia necesita ser estirado para alcanzar las dilatadas comarcas de la emoción. Por ello no sorprende leer, nuevamente, a Luis Rosales conversando en silencio con su fe, soldando los términos sonido y luz, representantes de los que son seguramente los sentidos con mayor presencia en nuestra vida: «Tu presencia, Señor, es el manso sonido de la luz en lo oscuro del río, en la carne del agua»⁷⁰.

Esta figura, vital en la comprensión de las relaciones emocionales que invocan las palabras, es muy eficaz expresivamente, puesto que, como le ocurría a Gregorio, protagonista de los *Juegos de la edad tardía* de Luis Landero, quien «se pasaba las horas escuchando la secreta sonoridad de un vocablo, que dejaba desleír en la boca como un caramelo al que no acabara de sacarle el sabor»⁷¹, todos tendemos a mezclar sensaciones para comprender y comunicar la realidad. La aleación de sentidos distintos es, siempre, sensitivamente multiplicadora, y de ella resultan misceláneas sugestivas. Como muestra de esta afirmación, podemos recordar el título —especialmente acertado— de un poemario de Eloy Sánchez Rosillo, *Oír la luz*, donde se manifiesta la fusión de impresiones armónicas y la transformación platónica de un estado de placidez visual a otro auditivo⁷². Por su parte, y en la dirección opuesta, el neurólogo Oliver Sacks tituló hace tiempo uno de sus libros, recurriendo significativamente a la sinestesia, *Veo una voz. Viaje al mundo de los sordos*⁷³, obra donde, entre otras

⁷⁰ LUIS ROSALES, *Poesía reunida 1935-1974*, o. c., p. 34.

⁷¹ LUIS LANDERO, *Juegos de la edad tardía*. Barcelona: RBA, 1993, p. 27.

⁷² ELOY SÁNCHEZ ROSILLO, *Oír la luz*. Barcelona: Tusquets, 2007, p. 86.

⁷³ OLIVER SACKS, *Veo una voz. Viaje al mundo de los sordos*. Trad. de José Manuel Álvarez Flórez. Barcelona: Anagrama, 2003.

cosas, se narra la experiencia de algunas personas que han tenido que acrecentar las capacidades de un sentido para sustituir otro. La sinestesia, que tiene su base cognitiva en la conectividad entre zonas cerebrales, también puede afectar a la relación entre palabras y colores. Este tipo de sinestesia es una de las más frecuentes y estudiadas ya que afecta a personas que ven realmente las palabras escritas en colores que, además, siempre son los mismos⁷⁴. Curiosamente, esta fue la clave de un conocido poema de Arthur Rimbaud, en el que cada una de las vocales se asociaban a un color: A negra, E blanca, I roja, O azul, U verde. Un proceso emocionalmente complejo puede ser sintetizado expresivamente en fognazos sinestésicos, ya que la experiencia extrema tiene que intensificarse sumando y multiplicando la resonancia semántica de las sensaciones corporales. «Con la boca, con los ojos, / con los dedos / procura tocar la tierra llena / de tu corazón», anima en este sentido Eugenio de Andrade⁷⁵.

En la misma línea, la literatura se ha servido siempre, para comunicar otras sensaciones extremas, de mecanismos retóricos como la hipérbole o la metáfora. Recursos que luego han alimentado la expresividad de ámbitos como el periodismo o la publicidad. Así lo vemos, por ejemplo, en *Mortal y Rosa*, una de las obras más intensas que ha dado la historia de nuestro idioma, novela lírica soberbia y dolorida en la que es obligada la figura excesiva de la hipérbole sumada a la metáfora para poder hablar. Francisco Umbral relata la muerte del hijo, y la tiene que estirar para poder acercarse a su violencia. De este modo, la prosa se torna basamento en esa rosa mortal que nunca supo en qué género situarse, como si los géneros fueran estanques tranquilos sujetos por los diques de palabras que los surcan. «Al niño se le rompen los ojos en cristales», escribe Umbral en una hipérbole que desgarrar con una lúcida exactitud el castigo aposentado en el sufrimiento infantil, la perplejidad turgente de lo incomprensible: «se le ahuesan las manos, perdida

⁷⁴ Sergio C. FANJUL, «Cuadros salados, canciones violetas», *El País*, suplemento de Salud, 11-12-2010, p. 8.

⁷⁵ Eugenio DE ANDRADE, *Todo el oro del día*, o. c., p. 381.

su calidad de flores, y le viene la blancura inhumana del terror»⁷⁶. Esa hipérbole extrema del calor releva el terror del hombre ante su existencia: «La fiebre del hijo, el fuego en que me arde, la hoguera inexistente que se quema, el abismo rojo donde lo pierdo»⁷⁷. Con esa metáfora hiperbólica expresivamente, que no emocionalmente porque no hay dolor por un hijo que pueda ser contado con tan solo el léxico mínimo y desnudo de cualquier lengua, de estremecido que necesitaría ser, Umbral palpa apenas la cáscara de su sentir. El fuego y la hoguera asimilan de este modo su temperatura y capacidad destructiva a la de la enfermedad, abismo rojo que solo quiere hablar del vacío en el que se desquicia la vida del padre.

Veamos otro ejemplo de hipérbole extraído, en esta ocasión, del periodismo. Qué decir de esa épica que algunos periodistas han conseguido transmitir en el último siglo, por ejemplo, a la crónica deportiva. Probablemente cada uno de ustedes, si tuviera que realizar la crónica o el resumen de los partidos previos a la final de fútbol de la Eurocopa de junio del año pasado, resumiría la gesta española de un modo distinto. Orfeo Suárez, enviado especial en Kiev para el diario *El Mundo*, decidió titular así: «Hércules, Aquiles, Pitágoras»⁷⁸. Esto es, el defensa o central, el delantero goleador y el mediocampo gestor del juego. En primer lugar, la astucia y la fuerza de Hércules. Los canteros del siglo XVI lo tallaron en la fachada de esta universidad. Segundo: la decisión y la rabia de Aquiles; aquel cuya cólera sirvió de excusa a Homero para componer *la Ilíada*; aquel a quien los dioses otorgaron un caro destino al obligarle a elegir entre una vida corta con gloria o larga sin ella. Y él decidió ir a Troya a luchar. Y es, desde entonces, el héroe por antonomasia⁷⁹. Y, por último, la inteli-

⁷⁶ FRANCISCO UMBRAL, *Mortal y Rosa*. Madrid: Cátedra, 1995, p. 142.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 162.

⁷⁸ ORFEO SUÁREZ, «Hércules, Aquiles, Pitágoras. España es finalista sin la fuerza de Puyol, los goles de Villa y la mejor versión de Xavi», *El Mundo*, 29-6-2012, p. 41.

⁷⁹ HANNAH ARENDT nos señala hacia una razón, velada probablemente al autor de la crónica deportiva pero que, en el fondo, justifica el tratamiento heroico de los deportistas, cuando nos recuerda que «en su origen la palabra “héroe”, es decir, en Homero, no era más que un nombre que se daba a todo hombre libre que participa-

gencia geométrica como base de la estrategia, de otra triangulación, para lo que se evoca la figura del sabio polifacético y carismático que fue Pitágoras. La lectura del artículo completo indica, sin embargo, que el titular podría haber sido sacado de contexto, si bien ha de reconocerse que ello ha dotado a la página de un evidente efecto persuasivo y, en ese sentido, de acierto por tanto. Del mismo modo, y deslizándose también retóricamente, pero ahora de la mano de el «menos es más» que fuese lema del arquitecto Mies van der Rohe, le permite al periodista apuntalar y matizar el título antes señalado mediante un subtítulo que reza: «España es finalista sin la fuerza de Puyol, los goles de Villa y la mejor versión de Xavi», de manera que la señalización de las carencias del juego español sirve, sin embargo, al periodista para enfatizar el triunfo deportivo.

Es probable, quién sabe, que el subtítulo sea una concesión a la inicial intención del autor de la crónica, aunque, una vez más contribuye a realzar el valor épico del equipo español. Todo esto se consigue, sencillamente, mediante un inteligente manejo del lenguaje. Es obvio que caben más lecturas. Un madridista extraería, con toda seguridad, una muy clara, fruto de la perspectiva desde la que interpreta el texto, pero que seguramente pasaría desapercibida al lector que se situase, meramente, como hincha de la selección nacional y del todo ajeno a partidismos de club. En cualquier caso, esa condensación cultural e histórica, esa solidaridad de espíritu con la Hélade caída ante Germania, aporta al breve título tripartito plenitud de significado y una eficacia comunicativa que será, incluso, más y mejor apreciada por aquel receptor cuya cultura sea mayor. La hiperbólica equiparación del juego español con los logros de la Grecia clásica, cuna por otro lado de la competición deportiva, aporta las dosis de

ba en la empresa troyana y sobre el cual podía contarse una historia», *La condición humana*. Trad. de Ramón Gil Novales. Barcelona: Paidós, 1993, p. 210. Por otra parte, «precisamente porque Aquiles es el mejor, le corresponde experimentar la suprema negatividad», Javier GOMÁ LANZÓN, *Aquiles en el gineceo o aprender a ser mortal*. Valencia: Pre-textos, 2007, p. 32. Téngase en cuenta la rápida rotación de los delanteros en los clubes de fútbol, y la corta vida profesional de algunos de ellos, mucho más corta y sometida a la presión de lo que se espera de ellos que la de sus compañeros. Al fin y al cabo la gloria es para quien mete el gol y cumple así el objetivo (*goal*) del juego.

épica y esfuerzo que el reportero y la afición probablemente han vivido con el juego de la selección nacional y que el diario pretende resaltar en su titular. Lo que nos gusta de los relatos míticos es ese exceso de realidad, esa posibilidad de imaginarnos llevando a cabo hazañas para las que nuestra humanidad creemos que no está capacitada. Hay un valor añadido en la hipérbole que une la estética con la imaginación, suma que es la esencia de la literatura.

LA METÁFORA O LA CONCIENCIA DE QUE TODO ES SEMEJANTE

A causa de esa necesidad de estirar o dilatar nominalmente el sentir es por lo que se acude tan habitualmente al empleo de la metáfora, un recurso lingüístico creativa y expresivamente muy productivo. Nuestra manera de descubrir la realidad es inherentemente metafórica. Lo decíamos al principio aludiendo a cómo los científicos se valen de ella para comunicar a la sociedad de manera comprensible sus hallazgos. Seguramente porque la estructura de la realidad responde a la semejanza, nuestro pensamiento se acerca a su comprensión buscando cercanías e identidades. Dicho mecanismo para denominar realidades nuevas salpica, por lo tanto, todos los niveles de la expresión, desde la lengua de todos los días hasta el uso científico de esta. Y es posible que, por ello, sea la metáfora el tropo estética y comunicativamente mejor aprovechado. La comparación subyace a numerosos procesos de designación, aunque en muchas ocasiones ya hayamos perdido la referencia original de su uso, y la lexicalización o fosilización léxica haya sido su destino final. De aquí que muchas palabras conserven latente, pero ya irreconocible, el uso metafórico original, aquella semejanza natural que dio lugar a su origen, de la misma manera que suman en su semántica también las connotaciones que socialmente han ido acumulando a lo largo de la historia, esos aditamentos significativos a los que alguien se ha referido como «el halo de las palabras»⁸⁰.

⁸⁰ L. ALONSO SCHÖKEL y Eduardo ZURRO, *La traducción bíblica: lingüística y estilística*. Madrid: Cristiandad, 1977, p. 187. Por otra parte, de todas las adultera-

Y fue, precisamente, a esa herencia conservada a la que se refirió, hace casi doscientos años, aquella mente que rehúye el ser clasificada, Ralph Waldo Emerson, cuando señalaba que «el idioma es el archivo de la historia», ya que

aunque el origen de la mayoría de nuestras palabras se ha olvidado, cada una era al principio un golpe de genio, y lograba credibilidad en su uso al simbolizar el mundo para el primer hablante y el primer oyente. La ciencia de la etimología enseña –y nos lo está recordando un estadounidense– que la palabra más muerta fue una vez una resplandeciente estampa. El lenguaje es poesía fosilizada⁸¹.

Esta es la razón, en definitiva, por la que, con frecuencia, la retórica periodística y literaria recurre a este mecanismo identificador por la novedad que supone su empleo, por su capacidad de transmitir nuevas informaciones, frecuentemente sensitivas, y por su belleza. Al fin y al cabo, se trata de un elemento básico de nominación y de conocimiento de realidades por aproximación, de

ciones que históricamente han oscurecido a la lengua quizá no fuera la peor aquella que al final de la Edad Media los humanistas combatieran. Aquel barbarismo formal, pese a su importancia y el significado prodigioso que supondría para nuestra civilización, no es nada junto a la degradación consciente e inconsciente a que la han llevado los malos usos sociales en su afán de manipularla al servicio de intereses espurios que la han corrompido. De aquí la necesidad cada vez mayor de saber y meditar qué decimos cuando hablamos, y más aún si ejercemos algún tipo de responsabilidad social sea cual sea. Por eso, entiendo perfectamente a quien señala lo siguiente: «Tengo tendencia a tomar las palabras en su acepción original, sin la connotación que el uso haya podido darles, y me equivoco. El uso les pone un filtro de color a la mayoría de ellas. Si, en el momento de emplearlas, no tomo la precaución de decir que yo no uso ese filtro, todo el mundo las verá coloreadas y yo seré el único en verlas en el sentido que pretendo», Charles DANTZIG, *¿Por qué leer?* Trad. de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños. Madrid: 451 editores, 2011, p. 39.

⁸¹ Ralph Waldo EMERSON, *Obra ensayística*. Trad. de Carlos Jiménez Arribas. Valencia: Artemisa, 2009, p. 231. En parecidos términos se ha expresado Ernst JÜNGER cuando dice que «el material del poeta es la palabra. Por eso nunca puede mostrarse tan abstracto como el pintor o el compositor. En el lenguaje siempre hay historia, sustancia solidificada», *El autor y la escritura*. Trad. de Ramón Alcalde. Barcelona: Gedisa, 2003, pp. 64-65.

tal importancia que un escritor como Borges escribió que «quizás la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas»⁸².

Aunque lingüísticamente puede presentar dos estructuras básicas: la verbal (verbal o adverbial) y la nominal (por aposición, adjetiva, predicativa, comparativa o circunstancial)⁸³, una buena metáfora creativa se revela no tanto en su material lingüístico, como en la magnitud de efectos contextuales que se pueden extraer de su comprensión, y en los casos de mayor riqueza, el oyente o el lector pueden ir más allá de la simple exploración del contexto inmediato y acceder a una nueva área de conocimiento. Por ello, cuanto más amplia sea la gama de implicaturas potenciales, mayor será el efecto poético y más creativo su uso⁸⁴. Es el caso del siguiente ejemplo extraído de la publicidad, cada día más trabajada lingüísticamente. Se trata, en esta ocasión, de un vino de la comarca de Rueda. El lema promocional es «El blanco de tus ojos». ¿Por qué llama inconscientemente la atención de los potenciales compradores la expresión el blanco de tus ojos, con la que se promociona y pretende vender este vino? Estamos ante un inteligente anuncio que parafrasea una expresión hecha, «la niña de tus ojos», referida generalmente a la hija pequeña, o a la hija con respecto a sus hermanos varones que, con frecuencia, solía ser la preferida del padre. En el enunciado, el redactor publicitario modifica el sustantivo principal, *niña*, que se sustituye por *blanco*, para referirse al vino (que se pretende sea) favorito. De este modo a la vez se alude, indirectamente, tanto al blanco de los ojos como a la niña o pupila del ojo (palabra que, precisamente, deriva del diminutivo, *pupilla*, del término *pupa*, que en latín significaba niña), llamada probablemente así porque en ella se refleja en pequeño la imagen de las personas.

Por otra parte, nuestra percepción cultural de la existencia se expresa también en las imágenes con las que nuestra sociedad revela

⁸² Jorge Luis BORGES, «La esfera de Pascal», en *Obras Completas*, o. c., II, p. 14.

⁸³ Carmen BOBES, *La metáfora*. Madrid: Gredos, 2004, pp. 192-201.

⁸⁴ Dan SPERBER y Deirdre WILSON, *La relevancia*. Trad. de Eleanor Leonetti. Madrid: Visor, 1986, pp. 288-289.

y construye sus valores. En este sentido, y desde un punto de vista cognitivo esta figura es muy interesante, puesto que refleja cómo nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica, ya que la manera en la que experimentamos la realidad que nos rodea y en la que pensamos está, con frecuencia, estructurada en forma de metáforas. La metáfora, por lo tanto, no afecta solo al lenguaje, sino a la manera en como aprehendemos nuestro entorno⁸⁵. Por ello, Lakoff y Johnson llamaron hace tiempo la atención sobre el modo en que la experiencia física que tenemos de la realidad proporciona la base para entender nuestras experiencias en términos de objetos y sustancias, lo que se manifiesta en el idioma en esquemas, entre otros, del tipo: «las teorías son edificios» (en expresiones como «esta es la base de la teoría», «esta teoría necesita apoyo»); «las ideas son comidas» («lo que dije me dejó mal sabor de boca»); «las ideas son dinero» («tiene abundancia de ideas»); etc. Dentro de este tipo de construcciones metafóricas ontológicas y estructurales vamos a centrarnos seguidamente en dos modelos que nos parecen especialmente significativos y relevantes comunicativamente: la metáfora del contenedor y la del camino.

Un patrón epistémico con especial rendimiento expresivo es el del «contenedor»⁸⁶. Consta de los siguientes elementos estructurales: un interior, un exterior y un límite que separa a ambos, y adquiere significado gracias a la relación con nuestro entorno. Somos conscientes de nuestros cuerpos como recipientes tridimensionales en los que entran ciertas sustancias y del que salen otras. Experimentamos constantemente la sensación de estar rodeados, entramos y salimos continuamente de habitaciones, vehículos y todo tipo de espacios delimitados, al igual que manipulamos objetos metiéndolos

⁸⁵ George LAKOFF y Mark JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*. Trad. de Carmen González Marín. Madrid: Cátedra, 1995, p. 42. Un buen análisis de esta teoría lo llevó a cabo el profesor Borrego Nieto hace unos años desde esta misma tribuna. Cf. Julio BORREGO NIETO, *La ideología inconsciente*. Lección homenaje a Santo Tomás de Aquino. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2006, pp. 9-10.

⁸⁶ Luis Antonio SANTOS DOMÍNGUEZ y Rosa María ESPINOSA ELORZA, *Manual de Semántica Histórica*. Madrid: Síntesis, 1996, pp. 25-28.

o sacándolos de recipientes. De este modo, cuando Antonio Colinas refiere líricamente el inicio del anochecer en su *Sepulcro en Tarquinia*, en uno de los principios literarios más hermosos de la poesía en nuestra lengua, lo hace acudiendo a esta filiación espacial de un modo desbordante: «Se abrieron las cancelas de la noche, / salieron los caballos a la noche...». La noche y su cielo irrumpen en estos versos del poema como un coto cerrado donde los caballos lo inundan todo con sus trotes blancos y lumínicos, como un espacio clausurado en el que el poeta nutre su mirada. La necesidad de limitación cognitiva de la realidad y sus objetos hace que procesos como el anochecer, u otros más prosaicos como las campañas electorales, sean necesariamente considerados y limitados para comprenderlos y trabajar mentalmente con ellos, ya que somos cuerpos y desde nuestra corporeidad tomamos medidas al mundo ancho y ajeno, y así lo fragmentamos, subjetivamente, para poder abarcarlo. Por ello, en nuestras conversaciones cotidianas *entramos en el otoño, o en materia, o en éxtasis, o en órbita, o en un nuevo curso, o incluso entramos a formar parte de cualquier asociación...* Y de igual manera, siguiendo esta concepción metafórica de la existencia, alguien *sale de nuestra vida, o se sale de madre, o traspasa la frontera, o nos saca de nuestras casillas, o no nos salen las cuentas...* Así, de la misma forma, *nos introducimos en una cultura* aprendiendo su lengua, *el actor se mete en su personaje* estudiándolo a conciencia, y *el adolescente se sale del chat* desconectándose de la red.

El esquema del «camino», por su parte, es otro de los más empleados tanto en la vivencia diaria, como en los enunciados literarios, periodísticos y publicitarios. Este trazado de las distintas experiencias vitales como senda consta de un origen o punto de partida, una meta o punto final y una secuencia de lugares continuos que conectan el origen y la meta⁸⁷. Unos versos del poema de Juan Carlos Mestre «El valle» nos muestran su capacidad expresiva. En la estela y en claro homenaje a Antonio Colinas, Mestre acude también a la imagen de los caballos y la noche, y emplea para ello la intemperie de la oscuridad que avanza por el corazón como cauce: «Toda la noche

⁸⁷ *Ibíd.*, pp. 32-39.

llamó la noche a los caballos, / toda la noche por un mar de estrellas apagadas / cruzaron mi corazón sus ojos puros». En esta ocasión la metáfora verbal, transmitida en la forma *cruzarón*, hace que las entrañas del poeta se conviertan en un sendero abierto al tránsito cordial. También los medios de comunicación se hacen eco de esta estructura conceptual en su transmisión de informaciones, y de esta manera leemos o escuchamos cotidianamente, de un modo especial en contextos electorales, que un partido político *aventa* a otro que se *distancia* de él o que *retrocede* en votos; o que un líder político *adelanta* a otro en intención de voto en las encuestas, o *mantiene las distancias*, o *alcanza* la mayoría, o *abandona* o *se aparta* de la carrera política; o que un gobierno *acelera* o *adelanta* las elecciones, etc.

Si el lenguaje únicamente nos sirviera para comunicarnos, tal vez con unos cientos de palabras bastarían para llevar a cabo tal cometido, pero a través de él se estructura el pensamiento humano. Más allá de la mera información, y como estoy intentando enfatizar a lo largo de esta intervención, nos comunicamos trasladando al lenguaje nuestras emociones y haciendo de él, por tanto, un elemento creador en el sentido en que da forma a (y se conforma con) las sensaciones de quien lo utiliza. Sin embargo, y siendo conscientes de la naturaleza cultural de nuestra capacidad comunicativa, he de reconocer mi inquietud ante la mutilación que implican en este sentido los nuevos modos de comunicación que ya imperan entre nosotros. Twitter tiene la palabra⁸⁸. No quisiera adelantar alguna de las preocupaciones que asomarán al final de estas páginas, pero no puedo evitar preguntarme en qué momento van a dejar de entender las jóvenes generaciones una noticia cuyo titular sea «Las células madre son el talón de Aquiles de los tumores» (*El País*, 11-9-2012) o, incluso, el significado de un título como el del libro de Javier Cercas *Anatomía de un instante*. Nuestro particular bagaje cultural nos facilita, todavía hoy, comunicarnos accediendo, inconscientemente a veces incluso, a reminiscencias pasadas que

⁸⁸ También lo ha advertido con preocupación Fernando Savater: «Cuando una persona se configura para expresarse en 140 caracteres, cuando se habitúa al dicerio o al insulto, pierde capacidad para la argumentación, que es la médula del pensamiento», *Ética de urgencia*. Barcelona: Ariel, 2012, p. 33.

nos permiten comprender ricos vestigios de nuestro lenguaje. Mas cuando la cultura de otras generaciones solo acoja en sí las pavesas de un conocimiento que se ha ido deteriorando por la desidia, llegará un momento en el que el lenguaje vuelva a ser, apenas, un mero instrumento de comunicación, más gestual que metafórico. Ignoro si más involutivo incluso que evolutivo. Aunque tales preocupaciones tal vez sean meros miedos transmitidos entre lectores de generación en generación desde tiempos inmemoriales...

LOS SILENCIOS, LAS GRIETAS EXPRESIVAS DE LA COMUNICACIÓN

Sin embargo, quizá limitamos en exceso el significado de la palabra comunicación. Se olvida en ocasiones, deuda seguramente contraída con nuestra concepción escrita de la cultura, que el silencio también es un modo muy expresivo de comunicación. Hay silencios elocuentes y el tiempo nos ha ido desvelando algunos de ellos. Los grandes maestros dejaron durante siglos su legado en la memoria de quienes compartieron con ellos la vida del intelecto. Así fue con Sócrates o, más cercano a nosotros, con el maestro Francisco de Vitoria, cuyos alumnos irían dando a conocer sus lecciones⁸⁹. Y aunque en menor medida en cuanto a la importancia de lo no editado en vida, también está el caso de Michel Foucault, cuyas clases han ido viendo la luz tras su muerte. En nuestros días, por el contrario, muchos académicos ansiamos la difusión de nuestros textos como si solo ello diera sentido a nuestro oficio. Pero hace tan solo unas décadas alguien en esta misma sala se preguntaba, retóricamente: «¿Quién

⁸⁹ En el caso de la transmisión manuscrita de las obras de Vitoria, tan cercano a nosotros, el tema, ampliamente tratado por Vicente Beltrán de Heredia hace décadas, ha sido recientemente revisado en nuestras universidades por Simona LANGELLA: «Hay que observar que Vitoria no dio, de hecho, ninguna de sus obras a la imprenta, [...] y que de los apuntes personales de Vitoria no se ha encontrado nunca nada», «La transmisión manuscrita de Francisco de Vitoria. Estado de la cuestión», en Miguel Anxo PENA GONZÁLEZ (coord.), *De la primera a la segunda «Escuela de Salamanca». Fuentes documentales y líneas de investigación*. Salamanca: Universidad Pontificia, 2012, pp. 121-131, 122. Cf. asimismo la introducción de la propia autora en Francisco de VITORIA, *De legibus*. Trad. al español de Pablo García Castillo y al italiano de Simona Langella. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, pp. 19 y ss.

osará decir que lo impreso refleja fielmente la vida universitaria? [...] Reducir el balance de la actividad universitaria a lo que se imprime es olvidar la primordial función de la Universidad»⁹⁰.

Este sería un silencio no buscado, pero actualmente, fuera de estas aulas, la comunicación hace del silencio y de la omisión distintas formas de transmitir la realidad. Se trata de una manera más de intervenir subjetivamente en la relación con el otro. Precisamente, en ocasiones, es el silencio lo que evita el fracaso de la comunicación. Comunicarse no solo es hablar. Y, en cualquier caso, no son pocos los que piensan, como el personaje de Appelfeld, que «hoy sé que hay mucha hipocresía en las palabras. Sólo alguien callado me inspira confianza»⁹¹. En cualquier caso, hay un elemento en el proceso comunicativo entre emisor y receptor en el que los manuales de periodismo nunca se detienen⁹², una parte que nos afecta a todos como receptores de la comunicación y que se basa en el respeto que debe implicar escuchar aquello que el otro tiene que decir e interpretarlo y transmitirlo, no solo crítica, sino correcta y acertadamente. De igual modo, ese sopesar la responsabilidad de lo que vamos a decir, y de creer necesario callar incluso, en vez de hablar, es parte cada vez más importante de la comunicación en nuestros días. «Pues está escrito –nos recuerda Emilio Pascual– que el hombre empobrece las cosas mucho más con las palabras que con el silencio»⁹³. ¿Quiénes de nuestros intelectuales o escritores o columnistas hoy estarían dispuestos como Albert Camus a no escribir si existiera, «el riesgo de estimular la violencia de los unos y justificar la represión de los otros?»⁹⁴.

⁹⁰ Lamberto DE ECHEVERRÍA, *De oratoria universitaria salmantina. Oración pronunciada en la solemne apertura del curso 1977-1978*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1977, pp. 13-14.

⁹¹ Aharon APPELFELD, *Vía férrea*. Traducción del hebreo por Raquel García Lozano. Madrid/Buenos Aires: Losada, 2005, p. 25.

⁹² Hallándose en prensa esta conferencia me llega la noticia de la publicación de la siguiente obra, cuyo título es de por sí suficientemente significativo: Álex GRIJELMO, *La información del silencio. Cómo se miente contando hechos verdaderos*. Madrid: Taurus, 2012.

⁹³ Emilio PASCUAL, *Apócrifos del libro*. Madrid: Alianza, 2004, p. 79.

⁹⁴ Las palabras, aunque fieles al espíritu de Camus, son de su amigo y «exégeta» Jean DANIEL, en *Camus. A contracorriente*. Trad. de José Luis Gil Aristu. Barcelona: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2008, p. 83.

EL SILENCIO ESPIRITUAL Y LITERARIO

Por eso, junto a la contundencia expresiva de los mensajes y sus responsables, nuestros intercambios comunicativos están, asimismo, fabricados de silencios, y estos contextualmente pueden llegar a comunicar más que lo referido verbalmente. A continuación diré algo acerca de los silencios, a los que he denominado las grietas expresivas de la comunicación. Es complicado definir el silencio en el contexto que aquí se analiza, pero básicamente aludo a aquellos espacios en los que la palabra no alcanza o no quiere alcanzar a decir determinadas cosas⁹⁵. Los hay de diversos tipos. A veces son frutos prodigiosos de una mutilación nominal obligada y asfixiante, ya que la experiencia, cuando es intensa, difícilmente se deja apresar por la red convencional de las palabras, pues –como nos revela José Ángel Valente– toda experiencia extrema del lenguaje tiende a la disolución de éste⁹⁶. Este es el silencio íntimo, como imposibilidad de vertebrar con lo dicho lo sentido, el silencio ante realidades inabarcables. Bien lo saben los místicos y los poetas. «Aborrezco este oficio algunas veces / –escribe Ángel González– espía de palabras, busco, / busco, / el término huidizo, / la expresión inestable / que signifique, exacta, lo que eres»⁹⁷. Esa inefabilidad, uno de los rostros más productivos literariamente del lenguaje, se basa en la idea de que hay un universo de experiencias íntimas que no pueden ser expuestas en su integridad. Esa realidad necesariamente velada está sumergida en el lenguaje mismo, y «constituye su fondo soterrado, al que nos remite incesantemente la palabra poética»⁹⁸.

⁹⁵ Recordemos las palabras de Fray Luis, por ejemplo, en el prólogo al *Cantar de los cantares*, donde dice aquello de que «no alcanza la lengua al corazón, ni se puede decir tanto como se siente, y aun eso que se puede no lo dice todo, sino a partes y cortadamente...», Fray LUIS DE LEÓN, *Cantar de los cantares de Salomón*. Ed. de Javier San José Lera. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, p. 24.

⁹⁶ José Ángel VALENTE, *Variaciones sobre el pájaro y la red*. Barcelona: Tusquets, 1991, p. 129.

⁹⁷ Ángel GONZÁLEZ, *Palabra sobre palabra*. Barcelona: Seix Barral, 2000, p. 178.

⁹⁸ José Ángel VALENTE, *La experiencia abisal*. Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2004, p. 149.

El gran comparatista que fue Auerbach supo detectarlo ya en el origen de nuestra cultura literaria como uno de sus componentes básicos, cuando analizó el relato veterotestamental del sacrificio de Isaac, en el que, lingüísticamente, «todo queda inexpresado»⁹⁹. La confrontación de este patrón expositivo con el que encarnaban por la misma época los poemas homéricos permitió al investigador alemán sacar a la luz una forma literaria de acercarse a la realidad que no nos ha abandonado desde entonces.

Es, por tanto, este un uso de la literatura en el que se busca el silencio íntimo que se caracteriza por recrear la realidad con denominaciones nuevas. El silencio, que cuando es impuesto constituye un signo agresivo de dominación, puede hacer emerger, sin embargo, como opción personal, un espacio de crecimiento, de creatividad y de libertad. Sin vacío no hay forma. «Para escribir tengo que instalarme en el vacío –apunta la escritora Clarice Lispector dando en la diana–. En este vacío donde existo instintivamente [...] Escribir es una piedra lanzada a lo hondo del pozo»¹⁰⁰. La experiencia interior en multitud de ocasiones solo dispone del silencio para ser nombrada. La palabra se suspende cuando la vida se impone: «La mirada se desprende, cae de madura. / No sé qué hacer con una mirada / que excede al árbol, / qué hacer con ese ardor», escribe Eugenio de Andrade¹⁰¹. Es posible que todo lo que existe fuera pueda ser nombrado, pero no ocurre lo mismo con la experiencia interior, y los poetas lo saben. Se han llenado versos con este asombro doloroso. Antes o después es un encuentro inevitable, una fértil disputa entre lo esperanzado y lo imposible que se culmina silenciando el canto: «cuando el ruiseñor empieza su

⁹⁹ Erich AUERBACH, *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Trad. de I. Villanueva y E. Ímaz. México: Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 17. «Y es que todo texto religioso –o imbuido de un espíritu religioso– narra los descensos y ascensos de las almas, y para ello se sirve de imágenes y de palabras, pero, sobre todo, de las imágenes de silencios y de las palabras calladas», Julio TROBOLLE BARRERA, *Imagen y palabra de un silencio. La Biblia en su mundo*. Madrid: Trotta, 2008, p. 333.

¹⁰⁰ Clarice LISPECTOR, *Un soplo de vida*. Trad. de Mario Merlino. Madrid: Siruela, 1999, p. 15.

¹⁰¹ Eugenio DE ANDRADE, *Todo el oro del día*, o. c., p. 313.

milagro [...]. / Se me desborda el corazón entonces / y por más que quisiera decir lo que no digo, / no puedo decir nada», escribe Trapie-llo¹⁰². La creación, que es una forma de interpretar el mundo concediéndoles nuevos nombres a las cosas, para engendrar sentido tiene que partir con frecuencia de ese silencio que la precede y da sentido. Debemos a un músico la idea de que la creación «supone en su origen una especie de apetito que hace presentir el descubrimiento»¹⁰³. Nombrar implica, de esta manera, también reconstruir algo que está solo esbozado. La realidad es aceitosa y se escapa a nuestros sentidos, por lo que percibimos únicamente el cambio, lo que está siempre por finalizar en perpetuo estado de paso. Asimismo, necesitamos incluir en nuestro pensamiento la capacidad de cerrar lo abierto, de concluir lo bosquejado, y con ello contribuimos a recrear la realidad y a construirnos a nosotros mismos. El arte y la literatura suponen, en este sentido, una forma de creación que mejora el mundo inestable. «Un paisaje —escribe Monet— no tiene la menor existencia como tal paisaje, ya que su aspecto cambia en cada momento. El sol va tan deprisa que no puedo seguirle. También es culpa mía: quiero asir lo inasible»¹⁰⁴. De aquí que la catedral de Rouen no pueda volver a ser mirada sin percibir en ella la distinta tonalidad que en su permanente fluir deposita sobre ella la luz. «La realidad es lo que nos ofrece resistencia» ha escrito Fernando Savater, aquello «que no cambia simplemente por efecto de nuestro deseo»¹⁰⁵. Sin embargo, cortamos a pedazos la realidad con las palabras¹⁰⁶, y con ellas concluimos también la separación de los objetos que representan. Así intervenimos en ella y, de la misma manera, matizamos nuestras emociones y las fragmentamos nombrándolas.

¹⁰² Andrés TRAPIELLO, *Un sueño en otro*. Barcelona: Tusquets, 2004, p. 93.

¹⁰³ Ígor STRAVINSKI, *Poética musical en forma de seis lecciones*. Trad. de Eduardo Grau. Barcelona: Acanalado, 2012, p. 54.

¹⁰⁴ José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona: Anagrama, 1995, p. 32.

¹⁰⁵ Fernando SAVATER, *Ética de urgencia*, o. c., p. 29.

¹⁰⁶ «Todo decir limita la realidad, la hace más pequeña. Sólo la palabra que no dice: la palabra poética amplía en vez de restringir...», Chantal MAILLARD, *Filosofía en los días críticos*, o. c., p. 75.

EL SILENCIO ANTE LA HISTORIA

Junto a esa capacidad de intentar nombrar lo inefable y de incidir en los bordes delimitando así la materialidad real de lo nombrado, el silencio también puede tener un rostro oscuro, especialmente cuando este es motivado por el miedo. Cuando nos convertimos en víctimas de los prejuicios, la cobardía, el odio o el rencor, la penumbra contamina nuestra capacidad de comprender. Estamos ante uno de los elementos constitutivos de la novela moderna. «El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5,30 de la mañana...». Con esta frase comienza una de las más aclamadas novelas de García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*. Desde el título los lectores saben lo que no se le permite conocer al protagonista, la víctima de esa condena sin remedio. La culpa y la necesidad de avisarlo que experimenta quien lee es proporcional a la negación de los otros protagonistas de la obra, que se oponen a interpretar todas las señales que apuntan al fatal asesinato. Todos los sucesos que acontecen a lo largo del relato están cargados de señales, que nadie se atreve a desentrañar porque implicaría tener que tomar partido y actuar. Y así, página tras página, vamos asistiendo a la descarga de la responsabilidad de unos en los otros, hasta el ineludible desenlace que parece estar escrito por el destino, pero que, a su vez, cualquiera con el mínimo esfuerzo hubiera podido evitar. Desde Kafka hasta Bolaño, buena parte de la literatura de los últimos cien años ha comunicado mediante el silencio. Lean las 1119 páginas de *2666*, la novela póstuma de Roberto Bolaño¹⁰⁷. Lean las 351 páginas de la cuarta parte, «la parte de los crímenes». Narra los asesinatos impunes de mujeres en una ciudad de México entre 1993 y 1997 y página tras página todo es silencio. Mediante la delegación en la instancia posterior se diluye en la colectividad la culpa. Este, y no otro, ha sido el silencio cómplice que ha hecho del siglo xx lo que todos hemos conocido.

Por desgracia la literatura no es sólo una alegoría simbólica de la realidad, sino que, frecuentemente, le va a la zaga en intensidad

¹⁰⁷ Roberto BOLAÑO, *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

a la experiencia histórica y cotidiana. Esa actitud colectiva, magníficamente retratada en obras como las mencionadas y otras, no deja de resultar una encarnación literaria de la propia naturaleza humana, que en momentos de conflicto, en los que es necesaria una toma de postura personal arriesgada, prefiere esconderse en el silencio. Esa ausencia de culpa desleída en lo colectivo y que tantas páginas ha llenado, por ejemplo, en el caso concreto de la literatura sobre el Holocausto¹⁰⁸, se manifiesta también, con demasiada frecuencia, en el tratamiento de determinados temas en nuestros medios de comunicación, esclavos de criterios como la actualidad, la novedad, la extrañeza... que son los que dirigen habitualmente la selección de lo publicable. De aquí que las tragedias que asolan constantemente a los países más pobres y desfavorecidos son ignoradas más allá del tiempo que convierte un suceso en noticiable¹⁰⁹. Esa falta de conciencia por el otro afecta, cada vez en mayor medida y de forma más sangrante, al tratamiento periodístico de los inmigrantes, refugiados, desplazados o solicitantes de asilo, a los que Bauman denomina críticamente como «residuos de la globalización»¹¹⁰, ofreciendo con frecuencia la información desde una clara superioridad etnocéntrica.

En este sentido, los medios también han llevado este miedo a la vida real con su silencio ante aquellos temas que no están en lo que se denomina la agenda Setting y otros procesos como la priorización (o *priming*), «mecanismos esenciales en la construcción del mensaje», y que configuran lo que Manuel Castells ha

¹⁰⁸ Cf. Asunción ESCRIBANO, «Las sílabas del desamparo: la palabra del Holocausto», *Pliegos de Yuste. Revista de Cultura y Pensamiento Europeos*, 4, 2006, pp. 35-48. Accesible en <http://www.pliegosdeyuste.eu/n4pliegos/aescribano.pdf> [Fecha de consulta: 27/10/2012].

¹⁰⁹ De 1937 son estas palabras del escritor y periodista judío Joseph ROTH: «Cuando sobreviene una catástrofe, la conmoción vuelve caritativas a las personas que se hallan cerca. Parece como si los hombres supieran que las catástrofes duran poco», *Judíos errantes*. Trad. de Pablo Sorozabal Serrano. Barcelona: Acantilado, 2008, p. 12.

¹¹⁰ Zygmunt BAUMAN, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Trad. de Pablo Hermida Lazcano. Barcelona: Paidós, 2005, p. 81.

denominado «el enmarcado de la mente»¹¹¹. Esta ausencia de tratamiento es algo que también a veces nos impide la comunicación con el otro, al que se señala como paria reflejando su peor cara. Esto es destacable en el caso de los emigrantes, por ejemplo, con el siguiente titular publicado en *La Vanguardia* el 9 de marzo de 2007: «Tres inmigrantes fallecen a bordo de una patera que navegaba rumbo a Canarias». El diario ofrecía la información desde la perspectiva de la muerte. El mismo día *El País* daba prioridad a la vida al presentar la misma noticia del modo que sigue: «Rescatado al sur de Tenerife un cayuco con 49 “sin papeles”, tres de ellos muertos». No es lo mismo utilizar el verbo *fallecer* que el verbo *rescatar*, pues ambos implican diferentes miradas sobre una misma realidad en la que, además de morir tres personas, otras 49 han logrado llegar vivas al lugar al que por ir se han jugado la vida. Se comprueba así que solo si quien comunica dolor y tragedia lo hace desde el acercamiento al que sufre, la comunicación adquiere su verdadero sentido y se funde con todo lo que tiene de etimológico, esto es, de común. No se trata ya, siquiera, de un acercamiento objetivo o subjetivo a la noticia, sino de un acercamiento esperanzado al propio sujeto de ella. Aun cuando sea ir contra lo convencional de la costumbre pues, como ya concluyó McLuhan algo que, por otra parte, era conocido desde los cantares de ciegos, «la prensa parece cumplir mejor su función cuando divulga los aspectos sórdidos. Las noticias de verdad son malas noticias, malas noticias acerca de alguien o para alguien»¹¹². Pero esto no puede llevarse a cabo desde el alejamiento aséptico y neutral al que los medios –y nuestra experiencia cotidiana de la vida– nos tienen acostumbrados. A veces el miedo o la indiferencia distorsionan los mensajes, pero siempre cabe distinguir con claridad la actitud indiferente del comunicador o, por el contrario, su mirar esperanzado. En los espacios de dolor tendríamos que entrar de puntillas, y atrevernos a nombrarlos solo con palabras sagradas

¹¹¹ Manuel CASTELLS, *Comunicación y poder*. Trad. de María Hernández. Madrid: Alianza, 2009, pp. 214-227. La cita entrecomillada corresponde a la p. 219.

¹¹² Marshall McLUHAN, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Trad. de Patrick Ducher. Paidós: Barcelona, 1996, p. 215.

y preguntarnos como ha hecho, lírica y dolorosamente, José Luis Puerto: «¿Qué palabras, qué ángel / tendría que dictar a los escribas / el rumor de lo que ha sido vencido, / de lo que yace en sombra, / de todos los anhelos / que incendiaron las vidas de los seres / y que fueron vencidos, / convertidos en llanto, / en ciénagas de olvido / y estiércol de la historia?»¹¹³.

Esta importancia comunicativa del silencio a la que me estoy refiriendo, aun presente desde antiguo en nuestros intercambios comunicativos, ha sido descrita y analizada con profusión durante el último siglo y de manera especial a la luz –paradójicamente– de las catástrofes que lo han caracterizado. En este sentido, acabamos apenas de despedir una centuria que se ha pasado el tiempo analizando el lenguaje. Pocas han sido las disciplinas que han permanecido al margen de la obsesión del siglo xx por la naturaleza e implicaciones de lo lingüístico. El estructuralismo, columna vertebral del pensamiento de los últimos cien años, tiene orígenes lingüísticos, aroma que perduraría a lo largo de su desarrollo como corriente animando las ciencias sociales y las humanidades durante décadas, y llegando a hacer brotar ramificaciones tan interesantes como las de Jean Piaget en el campo de la epistemología; Umberto Eco para la semiótica; o Roland Barthes en los territorios de lo sógnico y lo literario. Y entre las conclusiones más certeras a las que arribó el siglo xx brilla con luz propia la de que el lenguaje a menudo vela y oculta la realidad; que engaña y más que para comunicarnos nos sirve también para lo contrario. Son numerosos los testimonios que podría traer aquí, pero optaré por uno simbólico. A mediados de siglo será un pensador judío –como no podía ser de otro modo– el que nos señale que

ya no es posible creer en las palabras pues no se puede hablar. Y no porque la libertad de expresión siga siendo algo irreal en la mayor parte de la tierra o porque los hombres se sirvan de la palabra para mentir. Ya no se puede hablar porque ninguna persona puede

¹¹³ José Luis PUERTO, «Estela para la derrota», en *Estelas*. Alicante: Aguaclara, 1995, p. 18.

comenzar su discurso sin delatar de inmediato algo absolutamente distinto de lo que está diciendo. Psicoanálisis y sociología acechan a los interlocutores¹¹⁴.

La lección, sin duda alguna de las más interesantes aportadas por el siglo pasado, sentenciará Lévinas, es que «toda la sociología y todo el psicoanálisis dan testimonio de un lenguaje en el que lo principal no reside en lo que las palabras nos enseñan, sino en lo que nos esconden»¹¹⁵. Debido, por tanto, a la expansión de prácticas lingüísticas que en vez de revelar esconden intenciones, es por lo que buena parte de la filosofía de la segunda mitad del siglo xx decidió ahondar en los modos mediante los cuales el lenguaje se constituye en creador de realidades sociales determinadas y en cómo ello produce distorsiones en los procesos comunicativos.

EL SILENCIO SOCIAL Y CONTEXTUAL

Es entonces cuando los lenguajes de la política y de la publicidad, tan presentes de la esfera social de nuestros días, despliegan ante nosotros el mejor escenario para diseccionar las grietas del lenguaje de la comunicación. Más no lo hacen solos, sino que van de la mano, una vez más, de los medios de comunicación de masas (Galeano los denominó de incomunicación)¹¹⁶ verdadero caballo de Troya que ha

¹¹⁴ Emmanuel LÉVINAS, *Difícil libertad*. Trad. de Juan Haidar. Madrid: Caparrós, 2004, p. 256.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 257. «Hoy sabemos bien, gracias a Gadamer, Rorty y otros héroes del *giro lingüístico*, que las suposiciones que utilizamos al conversar o al debatir, lo que damos por sentado, son exteriores al discurso explícito y que la efectividad del propio discurso descansa precisamente en su capacidad de mantener al margen todos los supuestos que arrastra. Hoy sabemos que muchas veces lo que nos convence es, precisamente, lo que no se dice, lo que, desde su silencio, habla», Juan ARNAU, *Rendir el sentido. Filosofía y traducción*. Valencia: Pre-Textos, 2008, p. 45.

¹¹⁶ Eduardo GALEANO, «Sobre los medios de incomunicación», *Le Monde Diplomatique* (ed. española), 3, enero 1996.

introducido en el último medio siglo esos mencionados ámbitos en nuestra realidad cotidiana. Porque, además de ese desmedido mutismo que apunta a la propia limitación nominal del hombre que tiene sus consecuencias en la historia de la especie, en otras ocasiones el silencio adopta una forma social por antonomasia, ya que al relacionarnos con los otros depositamos nuestra fe comunicativa en que estos sean capaces de reconstruir los mensajes cifrados en los intersticios de lo dicho, en los agujeros clandestinos de lo no expresado. Consideramos, en este sentido, que la capacidad de comprensión del oyente es tal que no es necesario revelarlo todo. Unas veces por economía, otras por educación, las sugerencias cargan nuestros mensajes de insinuaciones de las que no siempre nos responsabilizamos. De esta manera, todo el universo de sentido de lo implícito acaba siendo a menudo más relevante, incluso, que el de lo explicitado abiertamente.

Se trataría de un silencio que se constituye como ingrediente fundamental de nuestros intercambios comunicativos, y que en ellos se integra como componente básico de la conformación de su sentido. Una sociedad que educa a sus ciudadanos en la convivencia debe dirigirles también hacia el uso correcto, suficiente, cordial y comunitario de su lenguaje. Por ello, para evitar la confrontación directa con nuestros semejantes y facilitar, en consecuencia, la convivencia con ellos, es posible esconder nuestras opiniones tras los mensajes explícitos, buscando que sea nuestro interlocutor, o el lector de nuestros textos, el que se vea obligado a inferirlas bajo su responsabilidad. De esta manera, obligando al receptor a participar activamente en la construcción del sentido mediante la inferencia, con educación y cortesía, el emisor sale intacto en su consideración pública de la expresión verbal de sentires que podrían molestar a otros. Haciendo uso del silencio de este modo, los periódicos se eximen de posibles responsabilidades y evitan incomodar a la audiencia.

En este sentido es relevante ahora acudir a la teoría lingüística desarrollada por Grice¹¹⁷. Este autor parte del hecho de que existe

¹¹⁷ H. P. GRICE, «Presuposición e implicatura conversacional», en María Teresa JULIO y Ricardo MUÑOZ (comps.), *Textos clásicos de pragmática*, o. c., trad. de Marcos Cánovas, pp. 105-124.

entre las personas la voluntad de cooperar para conseguir una buena comunicación, fluida y eficaz. Este principio de cooperación se refleja en el cumplimiento de cuatro máximas: cantidad, cualidad, relación y manera, que se concretan, respectivamente, en la necesidad de ofrecer información suficiente, verdadera, pertinente y correcta. Y cuando las máximas no son respetadas se generan ciertos efectos de sentido. Cuando en una conversación suponemos que nuestro interlocutor no tiene motivos para no ser cooperativo con nosotros, y sin embargo no respeta las máximas (es decir, nos da menos o más información de la requerida, miente de manera evidente, sus intervenciones resultan no pertinentes o desordenadas...), surgen las implicaturas, contenidos significativos adicionales mediante los que inferimos que está intentando darnos a entender algo que no explicita en su intervención y que, por cuestiones situacionales o sociales, no puede manifestar de manera expresa. Este contenido significativo añadido tiene que recuperarse mediante un proceso inferencial que relacione lo dicho con el contexto en el que ha sido formulado para lograr su plena comprensión. Como ejemplo de ello podemos acudir a los textos periodísticos informativos, donde cada vez con más frecuencia no se respetan voluntariamente las máximas. Con ello se busca conseguir que al lector le lleguen sutilmente una serie de juicios que no se pueden expresar explícitamente en las noticias, de naturaleza narrativa y donde no es posible (al menos teóricamente)¹¹⁸ incorporar la opinión.

Uno de los ejemplos más llamativos de la violación periodística de una máxima, en este caso la de cantidad, lo podemos encontrar en aquellos encabezamientos o titulares en que se emplea innecesariamente el adverbio «ahora». Hablamos, en este sentido, de «innecesarios» porque si hay algo que caracteriza a las informaciones de actualidad es su obligada referencia al presente. Esta actualidad periodística exigida pertenece a ese amplio campo de los conocimientos compartidos por el periodista y por el lector. En consecuencia, ambos saben que una noticia solo puede referirse a

¹¹⁸ Para ver hasta qué punto este precepto de la teoría clásica de los géneros, e incluso la propia teoría, ha saltado por los aires en la comunicación actualmente, cf. Asunción ESCRIBANO, *Las voces del texto como recurso persuasivo*. Madrid: Arco Libros, 2009.

acontecimientos sucedidos, como muy lejos, en la fecha inmediatamente anterior a su publicación. Así pues, en los textos en los que aparece empleado este adverbio, la intención del redactor no es su ubicación temporal, ya que esta se da por supuesta desde el principio, sino que hay que inferir, entonces, un segundo propósito que hace transparentar la postura personal del periódico, que apunta, enjuiciándolo de manera negativa, al cambio de comportamiento del protagonista en relación con el asunto de la noticia. Sin duda alguna se tratará de un ajuste de cuentas. No extraña, por tanto, que sea un mecanismo empleado por medios de comunicación contrarios ideológicamente a los protagonistas¹¹⁹. No hay más que acudir a los propios periódicos y comprobarlo:

Rajoy dice ahora que reducir el déficit es «una necesidad imperiosa».
(*Público*, 12-3-2012)

El PSOE acusa ahora a Rajoy de «escapismo» por ir al G-20.
(*ABC*, 20-6-12)

Estos ejemplos nos sitúan justo en el centro del debate en torno al lenguaje político y acerca de cómo este juega un importante papel a la hora de generar una determinada imagen del adversario político. De aquí que, en buena medida, fruto de cierta permisividad ante las emociones, nuestra comunicación política haya hecho de la política más un campo de batalla que un ágora en la que los

¹¹⁹ Cuando se piense en la importante relación entre medios de comunicación y política, conviene tener en cuenta que los medios «no son el Cuarto Poder. Son mucho más importantes: son el espacio donde se crea el poder. Los medios de comunicación constituyen el espacio en el que se deciden las relaciones de poder entre los actores políticos y sociales rivales. Por ello, para lograr sus objetivos, casi todos los actores y los mensajes deben pasar por los medios de comunicación. Tienen que aceptar las reglas del juego mediático, el lenguaje de los medios y sus intereses», Manuel CASTELLS, *Comunicación y poder*, o. c., p. 262. Ya lo había advertido inteligentemente, por otra parte, McLuhan al escribir que «los propietarios de medios siempre se las arreglan para dar al público lo que éste quiere, porque sienten que su poder está en el *medio*, y no en el *mensaje* ni en el programa», Marshall McLUHAN, *Comprender los medios de comunicación*, o. c., p. 225.

asuntos de la república puedan tratarse en beneficio del interés común. «En la Cámara no son las ideas útiles, sino las expresiones pasionales las que hacen rodar el trueno de los aplausos» escribía un célebre comentarista político hace 80 años¹²⁰, remitiéndonos a épocas más honrosas de nuestra oratoria (para evitar aludir a la pobreza de nuestros contemporáneos). En cualquier caso, hace ya cuarenta años que otro pensador lo manifestó con claridad: «Vivimos en un mundo abarrotado, hipercomunicativo e intersubjetivo en el que la gente se convence rápidamente de la mala fe de los demás». Y añadía: «Hemos creado una política basada en la mala fe que consiste en la realización de actos de habla en los que te defino como un agente de mala fe, de forma que la única forma que tengas de demostrar tu buena fe es dándome lo que quiero (tal vez tu rendición o tu autoaniquilación)»¹²¹. Igualmente coincidiría con posterioridad en similares conclusiones Habermas, desde perspectivas más filosóficas, al señalar, en la estela de Austin, que así como «el lenguaje es un medio de comunicación que sirve al entendimiento», los distintos actores que de él participan, «al entenderse entre sí para coordinar sus acciones, persigue cada uno determinadas metas»¹²².

También desde la literatura académica se vertieron críticas hace ya medio siglo acerca de lo perjudiciales que estos silencios podían llegar a ser para la convivencia, y no solo en el ámbito de la política, en tanto que suponían una clara revelación de nuestra incapacidad para encarar la comunicación humana al margen de nuestros intereses. Así, el crítico estadounidense Lionel Trilling se refirió en términos de «lenguaje de la negación del pensamiento» a aquel

¹²⁰ Wenceslao FERNÁNDEZ-FLÓREZ, *Acotaciones de un oyente. Cortes constituyentes*. Madrid: Renacimiento, 1931, p. 63.

¹²¹ J. G. A. POCKOCK, «La verbalización de un acto político: hacia una política del discurso», o. c., p. 61.

¹²² Jürgen HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Trad. de Manuel Jiménez Redondo. Madrid: Taurus, 2003, p. 145. Cf. también sus reflexiones en torno a lo problemático en los procesos comunicativos de la confrontación entre las acciones orientadas al éxito y las acciones orientadas al entendimiento, o. c., pp. 367-378.

lenguaje, en este caso literario, que constituía «una amenaza a las emociones y, de tal manera, a la vida», y cuyo desarrollo, en opinión del citado crítico, contribuye a formar la naturaleza de la ideología, que constituía a su juicio, el deterioro de las ideas.

La gente –señalaba este autor– eventualmente llegará a ser incapaz de decir «Se enamoraron y casaron», para no mencionar el lenguaje de *Romeo y Julieta*, sino como cosa habitual dirán que «sus impulsos libidinosos eran recíprocos, por lo que activaron sus tendencias eróticas individuales y las integraron en una misma trama de referencias»¹²³.

Ni que decir tiene que tales lenguajes a todos nos parecen, en esta época tan dada a las correcciones políticas y pese a lo absurdo de estas, solo comprensibles desgraciadamente desde perspectivas ideológicas. De hecho, según Trilling, bien podríamos llamarnos «gente de ideologías», pues las ideas tienden a deteriorarse en las ideologías, que, al contrario que aquellas, «no son producto del pensamiento; son el hábito o el ritual de mostrar respeto por ciertas fórmulas a las que por razones diversas que tienen que ver con la seguridad emotiva nos sentimos atados con lazos de cuyo significado y consecuencias no tenemos en la actualidad una comprensión clara»¹²⁴.

En esta dirección, y avanzando en la relevancia comunicativa del silencio, es preciso también recalcar en el papel fundamental que cumple el contexto para poder rellenar e interpretar correctamente los vacíos comunicativos. Para que el sentido de un enunciado sea eficaz, el descodificador necesita insertarlo en un marco determinado. Comprender la significación de un enunciado es, sobre todo, saber deducir las instrucciones que este supone¹²⁵. Esto obliga al

¹²³ Lionel TRILLING, *La imaginación liberal. Ensayos sobre la literatura y la sociedad*. Trad. de Enrique Pezzoni. Buenos Aires: Sudamericana, 1956, pp. 320-321.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 321.

¹²⁵ Oswald DUCROT, *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Trad. de Irene Agoff. Barcelona: Paidós, 1986, pp. 184-185.

receptor a realizar, una vez más, una intensa labor de inferencia que complete los huecos que quedan entre lo expresado y su total y eficaz comprensión, con la que se alcanza su sentido final, al tiempo que le exige poner en juego su conocimiento semántico y pragmático, para lo cual es fundamental tener en cuenta, además del contexto verbal, el situacional. Puesto que una secuencia lingüística puede emplearse con propósitos comunicativos diferentes, solo se alcanza la correcta interpretación cuando se consigue inferir la intención comunicativa del emisor. La profesora de lingüística Deborah Tannen nos proporciona un ejemplo perfecto de fracaso comunicativo por exceso de interpretación, extraído de sus estudios sobre los modos de comunicación entre parejas. Un matrimonio conversa de la siguiente manera:

-Marido: *Vamos a visitar a mi jefe esta noche.*

-Mujer: *¿Por qué?*

-Marido: *Está bien, no iremos.*

En la conversación posterior con la lingüista, marido y esposa afirmaron haberse sentido frustrados tras el diálogo. La mujer por la volubilidad del hombre, y este por la negativa de aquella a aceptar su propuesta¹²⁶. Muchos de los conflictos entre personas, y especialmente entre parejas, tienen más que ver con la manera como se discute sobre los hechos, que con los hechos mismos. Y el diálogo anterior es un claro ejemplo de ello, ya que el conflicto surge a partir de la pregunta de la mujer, no interpretada correctamente por el marido. Ella confiesa que solo quiere información, y él, sin embargo, considera esta pregunta como una negativa. Hombres y mujeres utilizan el lenguaje de maneras distintas y esperan cosas diferentes de las conversaciones entre ellos, lo cual genera no pocos desencuentros. Esta situación tiene su explicación lingüística en el hecho de que una misma oración puede emplearse para realizar actos diversos. Dicho de otro modo, la

¹²⁶ Deborah TANNEN, *Género y discurso*. Trad. de Marco Aurelio Galmarini. Barcelona: Paidós, 1996, p. 179.

dificultad de la comunicación radica en la distancia entre la forma oracional y el acto de habla realizado. John Searle consideraba que hablar un lenguaje es «tomar parte en una forma de conducta (altamente compleja) gobernada por reglas»¹²⁷. La manifestación cotidiana de esta teoría se verifica cuando los hablantes, en sus intervenciones comunicativas, junto al hecho de decir algo realizan también actos de habla como son dar órdenes, hacer preguntas, afirmar algo... Así, cuando un hablante expresa una oración, además del propio acto de emisión que supone emplear las palabras, también lleva a cabo un acto proposicional, al referir un contenido, y el acto ilocucionario, que supone la intención de enunciar, preguntar, ordenar, etc. Sin embargo, hay que tener en cuenta que una misma oración puede ser empleada por un hablante para realizar actos distintos, lo que ocurría precisamente en el diálogo anterior, donde la mujer usaba una oración interrogativa para preguntar, pero el hombre la interpretaba como la formalización de un rechazo.

El caso de las oraciones interrogativas nos va a permitir analizar más detalladamente la dificultad que supone la interpretación. Mediante las interrogaciones, con aparentes preguntas, amenazamos, sugerimos, ordenamos, preguntamos, invitamos y muchas cosas más, pero nuestro receptor ha de saber reconstruir la intención que permanece, velada, silenciosa tras la forma oracional que oculta el acto de habla, y que solo el emisor conoce. Como hemos visto, la distancia entre la forma de una oración y su uso en una situación comunicativa concreta es fundamental para la comprensión, ya que, aunque formalmente pueda constituirse un enunciado mediante una oración interrogativa, pragmáticamente esta no siempre tiene el valor de pregunta, incluso con ella pueden realizarse actos de habla distintos como pueden ser, entre otros, la petición en el caso de *¿puedes pasarme la sal, por favor?*; la reprimenda en un enunciado como *¿No ve que no se puede pasar?*; la amenaza maternal con la expresión *¿quieres cobrar?*, o hasta el

¹²⁷ John SEARLE, *Actos de habla*. Trad. de Luis M. Valdés Villanueva. Madrid: Cátedra, 1980, p. 22.

insulto en expresiones como *¿tú estás mal de la cabeza?* Profundizando en esta disociación de forma y uso, Escandell Vidal¹²⁸ considera que los enunciados interrogativos pueden presentar diversos valores, en función de los conocimientos compartidos y supuestos entre emisor y receptor, y del intento de favorecer la cortesía entre ambos. Tomando la mayoría de los ejemplos de un campo de conocimiento que nos apasiona, el de la retórica publicitaria editorial¹²⁹, pasamos a continuación a mostrar estos valores:

- *Preguntas en las que se pide información y que reflejan el menor grado de conocimiento del emisor respecto al del receptor.* Es el caso de la interrogación llevada a cabo por la esposa en el ejemplo anterior, y también es la pregunta que aparece en un eslogan como el siguiente:

¿Conoces ya los libros del año? (SM).

- *Interrogaciones orientadas con la intención de que el interlocutor confirme la suposición de quien las lleva a cabo.* De este modo, en el siguiente enunciado, la campaña se dirige –como una especie de acusación– contra aquellos que solo leen las carteleras, invitándolos indirectamente a leer también libros:

¿Sólo lees carteleras? (Librerías Gandhi).

- *Preguntas de examen en las que el emisor atribuye al receptor un determinado grado de conocimiento.* En el ámbito del que hemos tomado los ejemplos, el de la publicidad editorial, son las más abundantes, y se emplean para conseguir interesar al lector en la obra, para atraer su atención y su curiosidad. A veces la respuesta a la pregunta se incluye como

¹²⁸ M. Victoria ESCANDELL VIDAL, *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ariel, 1996, pp. 177-184.

¹²⁹ Asunción ESCRIBANO, *Retórica publicitaria editorial*, o. c., pp. 280 y ss.

un elemento de sugestión en el propio anuncio, puesto que, como ocurre en el caso siguiente, es suficientemente llamativo como para invitar a seguir leyendo:

¿Conoce usted la verdadera diferencia entre colaborar y comprometerse con la empresa? Existe un dicho empresarial que explica que para preparar unos huevos con beicon, la gallina colabora (con el huevo) y el cerdo se compromete (con el beicon).

Huevos con beicon de Jordi Assens (Granica).

- *Interrogación problemática con un uso argumentativo.* En este uso se expresa un desconocimiento del emisor y del receptor, como fórmula de cortesía positiva en la que se enfatiza la semejanza de ambos polos del proceso comunicativo, con finalidad argumentativa. Justamente es esta la intención en enunciados promocionales como el que sigue, en los que la interrogación –de nuevo– busca la invitación a encontrar la respuesta por parte del lector:

¿Ha pasado a ser el miedo nuestra condición permanente y la democracia un sueño imposible?

Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio
de Michael Hardt y Antonio Negri (Debate)

- *Interrogación exclamativa.* Aunque formalmente adopta la interrogación, en realidad se trata de una oración con valor exclamativo. Es esta una interrogación que favorece la cortesía porque demuestra un interés por el destinatario y en la que es evidente que el conocimiento entre el emisor y el receptor es compartido. Como puede comprobarse en el siguiente texto, la pregunta/respuesta se da por supuesta y sirve como excusa para que el emisor ofrezca la información que funcionaría como posible resolución:

¿Emociones fuertes? Busca en tu librería del 1 al 15 de noviembre. (Quincena del libro de Castilla y León. Gremio de Editores de Castilla y León).

- *Petición de instrucción, petición de permiso, ofrecimiento, sugerencia u orden.* Son peticiones que, con distinta intensidad, son reflejo de la cortesía negativa con la que se mitiga la imposición del emisor. Así, por ejemplo, con una interrogación como la analizada unas páginas antes y atribuida al rey Juan Carlos al dirigirse al venezolano Chávez: «Por qué no te callas?, el emisor está dando una orden, pero se escoge la modalidad formal interrogativa por cortesía.
- *Interrogación retórica que se formula sobre creencias compartidas.* Esta construcción no presupone una falta auténtica de información, sino que obliga al lector a asentir o negar algo implícito en la pregunta¹³⁰, puesto que lo que el locutor formula es una afirmación de carácter enfático y no la petición de una información:

¿Un libro puede cambiar el mundo? (Librerías L).

Como señala Escandell Vidal¹³¹, los valores que obtienen este tipo de oraciones en el discurso son resultado de la intención del emisor y de las circunstancias que rodean a su emisión. Es decir, su sentido final depende de la interpretación pragmática, en la que tanto el emisor como el receptor ejecutan un papel relevante. Responden así a la existencia de dos tipos de objetivos discursivos: por un lado, los transaccionales, en los que predomina la intención informativa, y, por otro, los interaccionales, dominados por circunstancias sociales.

Interpretar correctamente supone siempre, a la luz de lo visto con anterioridad, un esfuerzo por comprender qué me quiere decir el otro, más que limitarse a escuchar lo que me dice. De hecho, vi-

¹³⁰ Angelo MARCHESI y Joaquín FORRADELLAS, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Trad. de Joaquín Forradellas. Barcelona: Ariel, 1994, p. 217.

¹³¹ M. Victoria ESCANDELL VIDAL, *Introducción a la pragmática*, o. c., p. 176.

vir es interpretar¹³². Y este es, en definitiva, uno de los problemas fundamentales en nuestros intercambios verbales cotidianos, ya que en nuestro entendimiento podemos quedarnos cortos y no captar las intenciones de nuestro interlocutor o, por el contrario, podemos convertirnos en máquinas permanentes de interpretación excesiva y considerar que nuestro interlocutor tiene propósitos no previstos por él, una postura que –antes o después– puede acabar derivando en neurosis. Se trata, en definitiva, de ser capaz de ponerse en el lugar del otro. Y esto, en nuestro diverso mundo es vital, pues como escribió –líricamente– Florita Almada, uno de los personajes más interesantes de Bolaño, «cada cien metros el mundo cambia [...] El mundo es como un temblor»¹³³. De aquí que, en el caso de quienes hacen de la interpretación una profesión, más allá del conocimiento idiomático sean necesarios –en palabras de Iciar Alonso– «unos conocimientos extralingüísticos extensos (amplia cultura general, capacidad para documentarse sobre los temas objeto de interpretación), poseer destrezas de comunicación oral, conocer las técnicas de interpretación necesarias en cada caso y respetar el código deontológico de la profesión (fidelidad, confidencialidad, neutralidad, honestidad profesional)»¹³⁴. Para poder decir lo diferente hay que haber viajado primero hacia su interior y haberse instalado en su realidad para tener capacidad de conocerla y nombrarla. «Para decir la luz / hay que mirar la luz desde la luz», ha escrito Gonzalo Alonso Bartol¹³⁵. Interpretamos como respiramos, abriendo pensamiento o pulmones al aire del sentido que nos sostiene en un mundo cargado de señales con frecuencia confusas, pero sobre las que construimos diariamente nuestra existencia y la de los demás¹³⁶.

¹³² Emilio LLEDÓ, *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 137 y ss.

¹³³ Roberto BOLAÑO, 2666. Barcelona: Anagrama, 2004, p. 538.

¹³⁴ Iciar ALONSO ARAGUÁS, «La mediación lingüística oral: interpretar entre lenguas y culturas», en Jesús BAIGORRI JALÓN y Ana GONZÁLEZ SALVADOR (eds.), *Entre lenguas: traducir e interpretar*. Cáceres: Fundación Academia Europea de Yuste, 2007, p. 206.

¹³⁵ Gonzalo ALONSO BARTOL, *Palabras para un cuerpo*. Madrid: Hiperión, 1995, p. 16.

¹³⁶ Asunción ESCRIBANO, «¿Qué me quiere decir el otro? La interpretación como forma de estar en el mundo», *Pliegos de Yuste. Revista de Cultura y Pensamiento Europeos*, n.º 7-8, 2008, pp. 57-65.

FINAL

He querido expresar en esta lección homenaje a Santo Tomás mi pasmo permanente ante una capacidad humana extremadamente hermosa, un don que permite al hombre recrear un universo en sus palabras. Comencé señalando cómo el lenguaje nos da forma pero sospecho que al final les he ido conduciendo hasta un claro en el que parece ser que somos nosotros y nuestras emociones quienes damos forma al instrumento con el que nos comunicamos. Sin embargo, nadie hoy lo duda, los más jóvenes de entre nosotros fluctúan en nuestros días en un ambiente en el que las etimologías, los significados y, con frecuencia, también hasta las formas de las palabras que utilizan les son ajenas¹³⁷. Quizá la edad nos vuelva a todos algo apocalípticos, o quizá sea, sencillamente, esa cárcel de nostalgia que, a juicio de Rodríguez de la Flor¹³⁸, generan las prácticas en retroceso de la lecto-escritura. Lo cierto es que

¹³⁷ No obstante, particularmente la desidia de los jóvenes parece una constante para quien se asome a otras épocas. En diciembre de 1563, el humanista Palmireno, en un discurso pronunciado en la Universidad de Valencia animando a la lectura de libros y al estudio, se quejaba de que «ya ni los que oyen Dialéctica ni los que aprenden lenguas leen libros o los llevan en la mano, excepto el que ven que su preceptor explica en clase; entonces la pereza y la inactividad se apodera de ellos de tal manera que se entregan más bien a la molicie y a la desidia que a los saberes liberales. En efecto, si bien en la Universidad van siguiendo felices a los maestros, por cuya habilidad todo se vuelve fácil, en casa, sin embargo, no tienen ningún comentarista y en su lugar cogen hojas para jugar, la pelota de palma o cosas peores que éstas». Juan Lorenzo PALMIRENO, *Discursos latinos*. Trad. de María José Cea Galán. Alcañiz/Madrid: Instituto de Estudios Humanísticos/CSIC, 2009, p. 85.

¹³⁸ Fernando RODRÍGUEZ DE LA FLOR, *Biblioclismo. Por una práctica crítica de la lecto-escritura*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1997, pp. 245 y ss.

«cuando las palabras pierden su integridad –ha escrito Tony Judt, un historiador de nuestro presente–, también lo hacen las ideas que expresan»¹³⁹. No parece nada halagüeño tal retroceso comunicativo, pero es el momento en que vivimos. ¿Podemos creer en una comunicación eficaz perseverando en tal deterioro? Sinceramente no lo sé. Cada época guarda sus sorpresas, pero no dejo de preguntarme con consternada preocupación, como el citado analista, que «si las palabras se deterioran, ¿qué las sustituirá? Son todo lo que tenemos»¹⁴⁰. Por otra parte, hemos de tener presente que la historia de la literatura nos ha enseñado que cada tiempo responde a sus crisis a su manera y que, con frecuencia, siempre acaban aflorando nuevos modos de comunicación.

Cuanto hoy aquí nos hallamos, y de manera especial quienes vestimos el traje académico, dedicamos nuestras vidas a comunicarnos con los demás perpetuando así aquella costumbre que allá por el siglo VIII contribuyese a definir la *schola* –hasta entonces entendida como mero grupo de artesanos, guerreros o cualquier otro oficio– como la agrupación de un cierto número de alumnos en torno a un maestro que les guiaba o conducía a través de un conocimiento determinado, y que acabaría dando lugar a la *universitas scholarium* y, finalmente, a la *universitas studiorum*. Como nos recuerda Antonio García y García, solo desde el siglo XV se utiliza *Universitas* en el sentido actual, y como sinónimo de *Studium*¹⁴¹. Más

¹³⁹ Tony JUDT, *El refugio de la memoria*. Trad. de Juan Ramón Azaola. Madrid: Taurus, 2011, p. 164.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 166.

¹⁴¹ Antonio GARCÍA Y GARCÍA, «La Universidad de Salamanca en el Medievo», en José Luis MARTÍN RODRÍGUEZ *et al.*, *Actas I congreso de Historia de Salamanca*. Salamanca: Diputación Provincial/Ayuntamiento/Universidad de Salamanca/Universidad Pontificia/Caja de Ahorros, 1992, vol. I, p. 359. Cf. asimismo, Antonio GARCÍA Y GARCÍA, «Génesis de la Universidad, siglos XIII-XIV» y «Consolidaciones del siglo XV», en Luis E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES (coord.), *Historia de la Universidad de Salamanca. Vol. I, Trayectoria histórica e instituciones vinculadas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 21-38 y 39-64, respectivamente; y Antonio GARCÍA Y GARCÍA (dir.), *La Universidad Pontificia de Salamanca. Sus raíces. Su pasado. Su futuro*. Salamanca: Universidad Pontificia, 1989, pp. 21-36.

allá del tiempo transcurrido entre aquellas primeras *scholas* y nuestras aulas inteligentes, la pregunta que flota en el aire y que yo me hago ahora aquí ante ustedes es la siguiente: ¿Somos, con nuestros medios digitales mejores que aquellos primeros maestros? ¿Ha merecido la pena llegar hasta aquí o tan solo hemos dado un rodeo por la Historia al final del cual seguimos con las mismas dudas, ignorancias, timideces, vanidades...? Probablemente –sobre todo en los campos científicos es verificable, y la lección aquí impartida por la profesora Martín del Valle, hace justamente un año, dejó constancia de ello—¹⁴² sabemos más, pero, ¿hemos aprendido a la vez a comunicarlo mejor? ¿Qué hemos de entender por «lo mejor» cuando de la transmisión universitaria se trata? No piensen ustedes –dejándose llevar por lo que es propio de las interrogaciones retóricas– que mis respuestas a tales cuestiones son diáfanas. De lo que sí estoy segura es de que «la excelencia hay que buscarla en nuestros alumnos tal y como salen de nuestras aulas»¹⁴³.

No falto a la verdad si les digo que esas respuestas entrañan a su vez nuevas preguntas que me llevan acompañando en mis años de docencia: ¿cómo usamos las palabras ante los otros? ¿Construimos puentes o empalizadas con nuestro lenguaje? ¿Somos conscientes de nuestra responsabilidad en el uso del principal instrumento de nuestra comunicación cuando aquí, en las aulas universitarias, enseñamos, guiamos a quienes la sociedad nos ha encomendado? La respuesta exigida, en realidad, es doble. O, para ser exactos, de

¹⁴² Eva M. MARTÍN DEL VALLE, *Santo Tomás de Aquino: ¿del reduccionismo al holismo en la ciencia actual?* Salamanca: Universidad de Salamanca/Universidad Pontificia de Salamanca, 2012.

¹⁴³ Pedro MORALES VALLEJO, «El profesor en la era de las competencias», en Isabel MUÑOZ SAN ROQUE (coord.), *El Espacio Europeo de Educación Superior ¿un cambio deseable para la Universidad?* Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2012, pp. 23-46, 42. Como señala Morales Vallejo, «hay que traer a la conciencia, en primer lugar que podemos enseñar más, para bien o para mal, con lo que somos que con lo que decimos y además que, aun contando con profesores “excelentes” que pueden entusiasmar y casi *seducir* a la clase (buenos comunicadores, sentido del humor, personalidad atractiva), la calidad no hay que buscarla en los profesores que se quedan sino en los alumnos que se van (de nuevo *por sus frutos los conoceréis*, ahí hay que buscar la calidad)», *ibídem*, p. 32.

doble filo. Por un lado se trataría de saber qué hacer; por otro, de cómo lograrlo. Lamento decirles, estimados colegas y alumnos, que no dispongo de tal respuesta más allá de la firme convicción, compartida con otros como el profesor Antonio Campos Muñoz, de que la enseñanza también es «el arte de elegir lo que hay que decir y lo que hay que callar, lo que hay que mostrar y lo que hay que ocultar»¹⁴⁴. A veces son los antiguos alumnos quienes con el tiempo nos devuelven las respuestas, en ello consiste la magia de la reciprocidad comunicativa entre maestros y discípulos. Quizá, incluso, a ello se refiriese nuestro mecenas el rey Sabio cuando definió al Estudio como «ayuntamiento de maestros e escolares»¹⁴⁵. Como nos recordaba mi antecesora en este lugar a la que acabo de mencionar, «un maestro afecta eternamente; nunca se sabe cuándo acaba su influencia»¹⁴⁶. Y es cierto, pero esperar el eco de nuestras enseñanzas en ocasiones nos permite seguir aprendiendo de quienes fueron nuestros discípulos: «Lo que se sabe de joven –escribió también Henry Adams– es de poca importancia; sabe lo suficiente quien sabe cómo aprender»¹⁴⁷.

Precisamente es esta relación entre maestro y discípulo lo que constituye en opinión de Víctor Pérez-Díaz, buen conocedor de la universidad española, el núcleo de los sucesivos círculos concéntricos a través de los cuales se desarrolla la educación universitaria¹⁴⁸. Este tipo de relaciones son, según el citado autor,

¹⁴⁴ Antonio CAMPOS MUÑOZ, «Teoría y utopía del profesor universitario», en vv. aa., *Excelencia docente II. Reconocimientos en educación superior*. Granada: Universidad de Granada, 2011, pp. 35-44, 43.

¹⁴⁵ Antonio GARCÍA Y GARCÍA, «Consolidaciones del siglo xv», o. c., p. 41.

¹⁴⁶ La cita, de Henry Adams, encabeza la conferencia de la profesora Eva M. MARTÍN DEL VALLE, *Santo Tomás de Aquino: ¿del reduccionismo al holismo en la ciencia actual?*, o. c., p. 11.

¹⁴⁷ Henry ADAMS, *La educación de Henry Adams*. Trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Barcelona: Alba, 2001, p. 333.

¹⁴⁸ Víctor PÉREZ-DÍAZ, *Universidad, ciudadanos y nómadas*. Oviedo: Nobel, 2010, p. 143.

intensamente interpersonales, porque las comunicaciones básicas son de persona a persona. [...] y así se forman sus redes de afinidad intelectual, moral y emocional. De la firmeza de esas redes y de la calidad de lo que circula a través de ellas depende la continuidad y la calidad de la vida intelectual de una comunidad a lo largo del tiempo¹⁴⁹.

Se trata de algo importante y que no debería echarse en el olvido sobre todo en estos tiempos de crisis en los que con tanta facilidad se pueden arrancar árboles cuyo crecimiento lleva años. De igual manera, escribe Pérez-Díaz,

no se participa de la vida intelectual de los maestros a distancia, ni basta la recepción de las palabras que utilizan en su obra impresa o en su clase oral. Se aprende por la imitación de sus gestos intelectuales, es decir, sus modos de razonar y de expresarse, su uso de la metáfora, el estilo de su tratamiento del material empírico, las connotaciones emocionales de su opinión sobre las personas, la generosidad o la mezquindad de su juicio, la amplitud o la estrechez de su horizonte, su impaciencia o su calma, su disposición a decir sí o no a determinados estímulos, y la evocación de sus experiencias, que el discípulo tendrá luego que reconstruir combinando sus palabras explícitas, sus alusiones y sus silencios¹⁵⁰.

Consciente de simplificar en exceso las anteriores ideas, no me resisto a resumirlas en la hermosa definición de enseñar que Emilio Pascual pone en boca de un personaje que se dirige a su nieto: «enseñar, como amar, es engendrar en la belleza. O debería serlo»¹⁵¹.

¹⁴⁹ Ibídem, p. 146.

¹⁵⁰ Ibídem, p. 147.

¹⁵¹ La respuesta surge cuando, tras recitar a su nieto los versos de Antonio Machado «Con timbre sonoro y hueco / truena el maestro, un anciano / mal vestido, enjuto y seco, / que lleva un libro en la mano» y habiéndole aquel preguntado a su abuelo «¿Por qué truena?», este le responde: «Porque ha olvidado que enseñar, como amar, es engendrar en la belleza. O debería serlo. ¿Lo entiendes?». Emilio PASCUAL, *El fantasma anidó bajo el alero*. Madrid: Anaya, 2003, p. 45.

Se ha dicho también, por otra parte, que «la educación moderna entrega mentes intactas a la propaganda»¹⁵², lo cual me interpe-la y preocupa como profesora universitaria, y de un modo especial dadas las materias que imparto. Asimismo, no es menos cierto que si caminamos hacia una sociedad en la que los devastados actores sociales deban ser sustituidos, como sostiene el sociólogo Alain Touraine¹⁵³, por nuevos actores morales, qué duda cabe de que el concepto de comunicación que aquí he esbozado habrá de ocupar un lugar importante a la hora de llevar a buen puerto dicha transformación. En este sentido, no está de más recordar que la universidad española actual no es heredera directa de aquella del siglo xv sino, más cercana a nosotros, de la que se gestara a finales del siglo xix en un ambiente intelectual en el que –en palabras de Jiménez Fraud, fundador de la Junta de Ampliación de Estudios y de la Residencia de Estudiantes, en la primera mitad del siglo xx– «se aspiraba a hacer de la Universidad, además de una corporación de maestros y alumnos, un poder moral capaz de ejercer la cura de almas y ofrecer a sus miembros elevadas normas de conducta social»¹⁵⁴.

Toda mi intervención ha estado dirigida a mostrar cómo cuando nos comunicamos tenemos la oportunidad de contribuir a recrear el mundo con nuestras palabras. Será entonces preciso un nuevo lenguaje que comunique con claridad, sin eufemismos, donde lo retórico opte por la belleza no solo como modo de persuadir, sino como un hábito sincero; un lenguaje no que venza, sino que convenza racionalmente. Y todos ustedes saben que esta dicotomía tiene un especial sentido en este paraninfo. Un lenguaje que dialogue, como el de Averroes y el de Tomás de Aquino. Un lenguaje al servicio de hombres y mujeres y, por ello mismo, ajeno a géneros y clases sociales. Como creyente que soy, yo hablaría de un lenguaje

¹⁵² Nicolás GÓMEZ DÁVILA, *Escolios a un texto implícito*. Girona: Atalanta, 2009, p. 277.

¹⁵³ Alain TOURAINE, *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*. Trad. de Jordi Terré. Barcelona: Paidós, 2012, pp. 119 y ss.

¹⁵⁴ Alberto JIMÉNEZ FRAUD, *Historia de la Universidad española*. Madrid: Alianza, 1971, p. 368.

evangélico; como académica opto por el adjetivo *universal*, que identifica y define a la institución cuyo santo patrón hoy celebramos. Y también, como filóloga, y evocando el origen común de nuestras universidades, abogaría por un lenguaje pontificio en su sentido etimológico, esto es: que tienda puentes como, por otro lado, es, creo yo, el deber y la misión de la comunicación y la palabra. Acercar a los hombres entre sí y unirlos en la concordia.

Ahora bien, ¿en qué escuelas –nos preguntamos con el filósofo Peter Sloterdijk¹⁵⁵, en qué seminarios se aprende este lenguaje con capacidad de construir puentes que nos desliga de lo indeciblemente propio a la vez que libera lo compatible y lo público? El puente –ha escrito Octavio Paz refiriéndose, precisamente, a la analogía– no suprime la distancia ni anula las diferencias, pero constituye una mediación¹⁵⁶. Y esto me parece esencial en nuestro mundo. Me he referido aquí a la metáfora como el elemento que permite a los hombres trascender en el uso del lenguaje como mero instrumento de comunicación. En el fondo toda indagación filológica, metafórica de nuestra comunicación, la eleva a una categoría superior, me atrevería a decir, incluso, evolutiva. Quizá se refiriese a ello la filósofa Iris Murdoch al escribir que «el desarrollo de la conciencia en los seres humanos está inseparablemente relacionado con el uso de la metáfora»¹⁵⁷ y en la misma línea se ha pronunciado y lo ha escrito, desde la certeza y la experiencia que le aportan sus más de 90 años vividos en el siglo pasado, la premio Nobel de Medicina Rita Levi-Montalcini:

El lenguaje, que es el mayor don concedido al hombre, y que le ha abierto los infinitos horizontes del pensamiento, lo precipita en las

¹⁵⁵ Peter SLOTERDIJK, *Venir al mundo, venir al lenguaje. Lecciones de Frankfurt*. Trad. de Germán Cano. Valencia: Pre-Textos, 2006, p. 141.

¹⁵⁶ Y del mismo modo, «la analogía no suprime las diferencias; las redime, hace tolerable su existencia», Octavio PAZ, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. En *Obras completas*, vol. I *La casa de la presencia. Poesía e historia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1999, pp. 482-483.

¹⁵⁷ *La soberanía del bien*. Trad. de Ángel Domínguez Hernández. Madrid: Caparrós, 2001, p. 81.

simas del oscurantismo cuando fanáticos y cínicos caudillos de masas lo usan para incitarlo al odio, o cuando [...] ejercen sobre él una mágica fascinación que ofusca las facultades intelectuales del lejano descendiente de aquel menudo bípedo bautizado, tres millones y medio de años después de nacer, con el nombre de Lucy¹⁵⁸.

Permítanme que concluya con una alusión a un momento, último ya, de la vida de Tomás de Aquino. Lo interesante de las biografías, en ocasiones, no es qué cuentan, pues los datos casi siempre son los mismos, sino cómo lo cuentan. La delicadeza con la que el biógrafo mece los hechos del biografiado para darnos una imagen de aquella vida. Esto es lo que a mí me llamó la atención cuando lo leí. Lo relata Xabier Pikaza, en su *Diccionario de pensadores cristianos*, y dice que Tomás murió

el 7 de marzo de 1274, a los 49 años de edad, en el convento de Fossanova, entre Nápoles y Roma, después de haber comentado a los religiosos de aquel convento el Cantar de los Cantares. Murió dirigiéndose a un concilio que debía ratificar la comunión de las iglesias. En un sentido simbólico –concluye Xabier Picaza– se podría afirmar que aquel concilio no se ha culminado todavía, pues Tomás no asistió y no se consiguieron alcanzar sus objetivos. Quizá se podría decir que la hora de Tomás de Aquino no ha culminado todavía¹⁵⁹.

Se me ocurre que, tras haber hablado de la comunicación y el uso de las palabras en el ámbito universitario, cuando año tras año lo celebramos como patrono del Estudio, bien pudiéramos tener presentes estos dos pequeños gestos, tan afines como necesarios, a mí entender, en el servicio del universitario: la humildad y la universalidad. La humildad, en primer lugar, de quien, habiendo escrito la *Suma*, comentaba a unos monjes, al final de su vida, ese tan pequeño como hermoso paréntesis bíblico, tan rica y diversamente

¹⁵⁸ Rita LEVI-MONTALCINI, *Elogio de la imperfección*. Trad. de Juan Manuel Salmerón. Barcelona: Tusquets, 2011, p. 276.

¹⁵⁹ Xabier PIKAZA, *Diccionario de pensadores cristianos*. Con la colaboración de Fernando Torres y otros. Estella: Verbo Divino, 2010, p. 894.

interpretado, que supone el *Cantar de los Cantares*. Aquella obra que iluminó la vida de Juan de la Cruz, estudiante en estas aulas, y cambió profundamente la de Luis de León, «artista del verbo, del pensamiento y de la fe» en palabras de Alain Guy¹⁶⁰, cuando, en un acto significativamente paralelo y simbólico, vertió a nuestra lengua e interpretó el *Cantar*, según algunos a petición de unas monjas. El segundo gesto se hallaría marcado por la universalidad ecuménica, que ansiaba y que pensaba defender en el II concilio de Lyon (1274). En definitiva, podemos utilizar el lenguaje, como la religión o la política, como las manos o la mirada, para unir o separar, para sumar o para restar. Estamos en un templo que comunica todo él la prudencia y la libertad¹⁶¹ y hace siglos que en sus piedras se evocan, imperecederamente, las consecuencias de la concordia y la discordia¹⁶². Aquí estamos ahora dos universidades hermanas que se suman, en la concordia, en honor a Santo Tomás. Honrar a los grandes que la crearon enriquece el acervo de una institución y fortalece su continuidad. Quien les ha hablado se siente orgullosa de pertenecer a ella.

Muchas gracias.

¹⁶⁰ «El eclecticismo de fray Luis de León», en Víctor GARCÍA DE LA CONCHA y Javier SAN JOSÉ LERA (eds.), *Fray Luis de León. Historia, Humanismo y Letras*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca/Junta de Castilla y León/Universidad de Castilla la Mancha, 1996, p. 274.

¹⁶¹ Cf. Luis CORTÉS VÁZQUEZ, *Ad summum caeli. El programa alegórico humanista de la escalera de la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1994, pp. 40 y ss.

¹⁶² «El lenguaje –ha escrito el maestro Lledó profundizando, precisamente desde un punto de vista etimológico, en esta idea de la concordia– es exclusivamente hijo de la necesidad y del amor, obra del amor. Indigentes ante el mundo, sólo el amor por entenderlo y comunicarlo ha podido inventar ese universo abstracto y cálido donde realmente los seres humanos se hacen dignos de serlo, cuando se aman, no cuando se odian. Esa riqueza de sonidos y formas, esa génesis de significados, ese tesoro vivo de palabras armonizadas con el corazón del poeta es uno de los grandes logros de este resonado canto de amor. ¿Para qué poetas en tiempos de discriminación, de engaño, de violencia, de odio, de miseria, de manipulación intelectual, de trivialización? La respuesta es muy sencilla: para enseñar el lento e ineludible aprendizaje de la filia, del amor, de la concordia», Emilio LLEDÓ, «Lenguaje, poesía y amor», *La Vanguardia*, 30 de julio de 1999, p. 7.

Estas palabras, leídas el 28 de enero de 2013 con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, fueron rezadas y escritas a orillas del Tormes desde bien entrado el estío del año anterior de 2012 hasta mediados del cadencioso otoño de dicho año. Durante todo ese tiempo la autora tuvo la dicha de contemplar cómo la naturaleza se metamorfoseaba ante ella en torno al conocido paraje de La Flecha, *bebió en color la vida*, transitó por la senda y recordó e hizo suyo algo leído tiempo atrás, que decía: «Yo también, desde esta ladera del collado, miro con avidez y nostalgia a la cima».

A ti, divino Rey, mi entendimiento
dedico, y cuanto he hecho
a ti yo lo endereço, y celebrando
mi lengua tu grandeza,
irá, como escribano, volteando
la pluma con presteza.

